

# Los tiempos del encierro

Carlos Orlando Pardo



 **PIJAO**  
EDITORES



© Pijao Editores  
© Carlos Orlando Pardo

© Pijao Editores  
Rincón del Vergel – A7 – Ibagué – Tolima, Colombia  
Teléfono: (57) 321 242 9485  
info@pijaoeditores.com

2020

ISBN:

Directores:  
Carlos Orlando Pardo  
Jorge Eliécer Pardo  
Director Editorial:  
Carlos Pardo Viña

[www.fundacionpijao.org](http://www.fundacionpijao.org)  
[www.pijaoeditores.com](http://www.pijaoeditores.com)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

*Estos textos sobre los tiempos de pandemia y encierro, juegan alternadamente entre la crónica, el diario y la narrativa de una reclusión obligada para salvar la vida. Son el producto de un ejercicio literario durante un poco más de treinta días donde se ofrece un testimonio variado y meritorio sobre un ciclo especial nunca experimentado por nosotros. Saldrán no pocos libros con el tema y los poetas y los narradores, periodistas incluso, van publicando a diario sus fragmentos. Aquí solo tenemos algunas reflexiones y unos puntos de vista, todos bajo la mirada de un escritor que antes nos legara, en Los últimos días de Armero, la angustia de una comunidad frente al suceso rudo de una tragedia memorable. El autor recoge memes, noticias de prensa e historias fragmentadas, bucea en las ocurrencias de la gente, reproduce quebrantos, frases inteligentes y va haciendo un batido que recrea el momento. No juega a la originalidad sino a la antología de corte popular. Finalmente aquí vemos 100 textos breves, en lo que nuestro autor es un experto, que reúnen un clima de perplejidad y de zozobra, pero siempre una meta de esperanza.*

*Duele, duele un montón. Pero va a pasar y cuando sanes,  
más fuerte vas a brillar. Más alto, vas a volar. Más libre, vas  
a soñar. Y vas a entender, que algunas historias terminan,  
para que otras mejores puedan empezar ...!*

*(El Principito)*

Todos huimos a nuestra ratonera perseguidos por un enorme gato. Afuera se percibe al animal gigantesco, aunque invisible, oliendo sus próximos bocados y nosotros ahí, sin atrevernos a salir por amor a la vida, nos resguardamos en medio del temor porque ya conocemos del peligro. Las advertencias llueven sin descanso y soldado avisado no ha de morir en guerra, aunque algunos y no pocos desentendidos empezaron a jugar a que eran sordos. Difícil entender esta ceguera donde ellos avanzan hipnotizados por su idiotez hacia el abismo simulando ser zombis. Sin percibir esa perseverancia de obstinación tenaz como tan terca, no podría decirse que “allá pues cada quien con su destino” porque era el de todos. Nosotros seguimos ahí, quietos en nuestra cueva sin dejar que nos vean por la calle y solo a veces corremos las cortinas. Nos mantenemos como esos leones enjaulados de circo cuya aparente agresividad la tapan sus ojos tristes y al no tener más remedio, resignados, vamos adaptándonos a la nueva vida. Es orden de captura y estamos detenidos jugando a pasear entre la jaula. Los únicos que no se quedan prisioneros son tantos pensamientos que se vuelan por calles y ciudades respirando liberación como les viene en gana. Nadie puede evitar que se escapen del encierro y soy feliz viajándome con ellos a los confines más apartados de la tierra, a mi pueblo de infancia o a las calles remotas donde tejí entusiasta los primeros amores. Por lo

demás arrinconados sin caer en tentaciones porque sería al tiempo suicidio y homicidio de no cumplir las normas. Nos mantenemos a dos metros de distancia y evitamos caer hacia el despeñadero, porque afuera, en lo real, hubo quienes se creían inmortales y fueron a la calle terminando mordidos por la bestia intangible.

2

Estamos al acecho deseando no quedar atrapados por el mal y caminamos con desconfianza por la casa pensando en el zarpazo de ese desconocido. Alguien había dicho que el virus caminaría tres horas por la casa antes de morir a falta de manos que lo salvaran y una señora, entrada en años, de acuerdo con su voz, preguntaba que en qué momento sería para ir a esconderse. Las normas de la supervivencia fueron apareciendo sin haberlas leído en parte alguna, y para descansar de la pantalla del computador o de la tele e inclusive del libro que hoy leo, me pongo a caminar por largo rato. Luego, al estilo de un asaltante, comienzo a mirar entre algunas claridades de la ventana. No se ve a ninguno transitar por el conjunto donde vivo desde años atrás, contrario a los días normales donde la algarabía de la mañana se convierte en una fiesta con el paso de los carros de la vecindad, los niños que marchan uniformados al colegio, los mensajeros de las motos y simplemente la

supervivencia cotidiana. Todo era diferente y pasó de la noche a la mañana cambiándonos el mundo y sus rutinas. No faltó el que escribiera que pensaba ajuiciarse pero no de repente. Lo único cierto es que con la magia de ver desaparecidas las fronteras porque estábamos todos en las mismas, sentíamos que éramos uno solo para enfrentar la guerra y se nos hizo extraño pero grato.

3

Dentro de la casa parecemos los mismos sin serlo. Tomando una medida de ofensiva dejamos de abrazarnos y los labios aguantan huérfanos de besos, mientras las caricias significan solo un recuerdo sugestivo. Por las noches se me repiten las imágenes de la infancia y aún la adolescencia cuando debimos escondernos por temor a la muerte que venía vestida de uniforme, gritos de la policía, volquetas estacionadas en la puerta de la casa y ante todo el terror de que se llevaran a mi padre. Eran esos tiempos de la violencia, medio siglo atrás, donde al otro día preguntábamos quiénes eran los muertos sin dejar de escurrir una lágrima si se trataba de algunos conocidos. Después ya no fueron sus nombres sino las cifras porque se transformaban en datos que años después mirábamos en la estadística. Igual a lo que ahora pasaba al poner los ojos en los noticieros donde solo eran los datos numéricos. El conteo crecía dándonos la impresión

de nunca detenerse y la muerte inundaba todo el mundo. Para completar, los sismos surgieron en varios lugares y por lo menos aquí, el invierno anunciaba su arribo dejando los desastres. La buena noticia consistía en la recuperación de la capa de ozono permitiendo un cielo más despejado de contaminantes, lo que demostraba que el virus éramos nosotros. Para que la tierra descansara recuperándose ¿debíamos extinguirnos? ¿Se repetía simbólicamente lo del arca de Noé? La naturaleza clamaba su descanso. ¿Acaso durante años no estuvimos esperando un meteorito que destruiría la tierra? Las profecías sobre el fin del mundo y el cumplimiento del apocalipsis se estacionan en el orden del día. Al fin y al cabo, transcurridos los calendarios entre una maraña de esperas pensando que ha llegado la última hora, supimos que sobreveníamos de varias vidas como el gato y que en el fondo la pasamos huyendo. Acá por lo menos lo hacíamos de la pobreza y de la muerte, de las plagas de la injusticia y las desigualdades cabalgando. Más allá de las preguntas que nos asaltaban ahora que teníamos tiempo para todo, consistía en lo simple al poder ver de cerca la ciudad, más solo en fotos y era entre bello y feo, al mirar la tele, distinguir las capitales más bellas del mundo habitadas por la soledad, igual que en las películas premonitorias de la guerra, arrancándonos una mirada de asombro y de temor. ¿Qué abismo estaba al fondo?

Añorábamos los encuentros con abrazos y besos, el apretón de manos y la tertulia permanente, los bares y los restaurantes, los caminos y la libertad. Las reflexiones que ya no se llevaban a cabo por las urgencias del día terminaban saliendo a la fuerza buscando el aire y el paisaje. A veces se perdía la cuenta de los días y era necesario consultar si era lunes o jueves. Estábamos aislados aunque nunca solos y la solidaridad parecía verse en las redes y en los decretos del gobierno. Éramos demasiado diminutos para la inmensidad del espacio y nos sentíamos vulnerables, desnudos y con las debilidades a flor de piel, pero supimos que podríamos adaptarnos poco a poco para no sucumbir ante las emergencias. De todos modos como diría Mejía Vallejo, siempre tuvimos que nacer y morir un poco, porque de niños dijimos las palabras de los niños y de hombres hicimos lo que no nos quedaba más remedio. Se confundían los tiempos. Antes el toque de queda no era sino para tiempos de guerra y ahora no sonaban las sirenas ni las campanas de la iglesia sino el ruido de los decretos ordenando aislamiento. Todos por ese virus parecíamos iguales y se habían borrado las fronteras porque el mundo se juzgaba uno solo, uno solo con las mismas necesidades de protección y a lo mejor, como decían algunos, ingresábamos a una nueva era. ¿Ocurrió por exceso de ignorancia? ¿Falta de previsiones? ¿Los oídos habían estado sordos a los que ya anunciaban estas pestes? ¿No los calificaban con algo de desdén como simples poetas de desastres?. Las debilidades

salieron a flote al estilo de un corcho en el agua y nos dimos cuenta que el sistema de salud era más débil de lo que pensábamos, que por fin entendíamos el método carcelario como un campo de tortura, que el desempleo nos intoxicaba y los informales eran demasiados. Nos habíamos detenido por fin a mirarnos para ver la desigualdad y la pobreza y la radiografía del contexto social como un abismo insondable de injusticia. Con las estadísticas de tanta gente que hasta este momento ha perdido la vida por el virus y al no ver por fortuna a nadie conocido, me dediqué a acordarme de todos mis muertos como si regresaran a este mundo o no se hubieran ido nunca porque habitaban en mi corazón. En ocasiones daba las gracias que no estuvieran viviendo esta tragedia o me imaginaba la conducta de cada uno como si montara una obra de teatro. Era grato experimentar su actuación y ante todo volver a verlos, mirar sus gestos, escuchar sus palabras, proponer sus estrategias, comentar las noticias y mi papá rascándose un poco la cabeza porque se le han agotado los cigarros. Los recuerdos semejabán una ventana con paisaje amplio y parecía lo único que tuviéramos a mano, antes de los avisos de un pesimismo que triunfaba. Juzgué sentir el mundo más de cerca y no como antes cuando planeábamos un viaje y se hacía lejano ir por ejemplo a Europa volando más de diez horas para conseguirlo. Algo me conmovió y fue la mirada hacia nosotros los mayores que se transformó entre un tratamiento de benevolencia, de protección, de lástima y hasta de rabia como si hubieran reinventado que no éramos huéspedes merecedores de la vida y como si desearan que desapareciéramos al estilo de la gente en las grandes ciudades ahora solitarias. Quien vive

o quien muere se daba en los lugares donde a tiempo no tomaron medidas para evitar el virus y toda su andanada. La descarga caía para los viejos de sentencia en sentencia, además de aquella de la edad que no tenía retoque. Cada día sonaba un gran concierto como ese día menos.

No eran pocos eventos los que podían hacerse dentro de la casa. Descubríamos un nuevo mundo, aunque era viejo, pero hasta ahora nos percatábamos de tantas cosas, como por ejemplo recorrer la tierra desde los google maps y examinar las ciudades amadas que un día nos alojaron en el tránsito alegre de los viajes. Desde los satélites no resultaba difícil volver a las calles de París o a las de Barcelona, las de Madrid o Roma, donde el interminable desfile de los muertos camino al crematorio, recordaban los campos nazi de concentración y regresaban con su visión de espanto de otros años. Quise alejarme pronto y al voltear la mirada me detuve en Islandia con curiosidad, convirtiendo en propicio ese momento para ir a conocerla. Solo sabía de ella por el descubrimiento que hicieron los vikingos y me enteré otro día por una serie proyectada en Netflix. Allí me olvidaba del ángel de la muerte recorriendo el globo y me convertía en un turista privilegiado sin hacer tantas caminatas ni alcanzar la fatiga. Entre tanto escuchaba por la radio las quejas de los

hoteleros al borde de la quiebra, los reclamos de las familias de artistas que vivían del diario hacer y no le censuraba a la India que cogieran a fuste a los desobedientes.

Sabiendo a la familia segura por sus casas o sus apartamentos, la angustia se iba ahora por Lyda, la hija de Chuchito a quien conocía desde pequeña, que estaba a la deriva en un crucero no sabía por qué mares. Imaginaba su zozobra cuando los puertos de buena parte de países le cerraron las puertas a los barcos. Nada de ancladeros condenándolos a vagar por el infierno de la espera inclemente. El miedo a que tuvieran el virus y desembarcaran a infectar, provocó un desdén inusitado como el de los leprosos en la hinchida Edad Media. Cerré los ojos pidiendo al universo le brindara energía y me quedé a la espera de los nuevos detalles.

6

Nosotros en la casa somos tan sólo tres o cuatro, si contamos el perro. Si bien es cierto nos asaltaba por ratos el miedo, sobre todo a la hora del desayuno o los almuerzos donde nos encontrábamos, buscamos la forma de no dejarnos invadir por la incertidumbre y mantener la calma. Durante el día cada quien a su oficio. María José recibía clases virtuales de su universidad desde las ocho de la mañana hasta las doce y por la tarde una o dos horas más manteniéndose absorta. Luego, como hacía siempre antes de

irse a Bogotá, cerraba la puerta de su habitación y se ponía a cantar y a bailar con sus artistas favoritos, para más tarde dedicarse un rato a las redes sociales. Jackie cumplía con las labores de la casa desde temprano, levantándose muy a las cinco para abrirle la puerta de atrás al perro y no fuera a orinarse, preparar las comidas, asear e instalarse en el computador, desde la cocina, poniendo al día las actividades de sus estudiantes. Yo leía el periódico a primera hora que continuaba llegando cumplido como en tiempos normales, no me faltaba la lectura del horóscopo que nada tenía que ver con la realidad de ahora, me lavaba las manos porque nadie sabía por qué manos pasaron esos diarios, tomaba mi café grande fresco y tras bañarme sin afares partía hacia el estudio donde era mucho oficio que permanecía.

Nuestra actitud parece normal durante todo el día y salvo la hora de los noticieros tratamos de no sobre informarnos para ampliar emociones negativas. Conservo serenidad porque se de los míos a salvo, salvo Lyda en su barco y sin saturar, nos comunicamos por WhastApp o por teléfono relatando comentarios y detalles. Como tengo arraigada la costumbre de visitar a mamá todos los días, ella se conecta por video llamada y la acompaño a desayunar o a tomar onces. En la casa no estábamos encerrados sino seguros. No faltaban en las redes las reminiscencias para tomar aliento, como por ejemplo los mineros de Chile que estuvieron atrapados bajo 700 metros de tierra durante 69 días, los jugadores de rugby en Uruguay que quedaron enterrados durante 72 días, los niños de Tailandia apresados en una cueva bajo el agua durante doce días, los testimonios de quienes en la guerra estuvieron en el gueto por los nazis, todo alentador porque sobrevivieron. Uno quisiera que la gente

además del lavado de manos lo hiciera con el corazón para ver la vida de otra forma pero eso resultaba momentáneo. Uno quisiera tomarse unos días de descanso cuando todo acabara y hubiéramos dejado de preguntarnos cuál de todos nosotros moriría. Por fortuna ahora se valoraba más la gente, a los supuestos pequeños empleados como los mensajeros y hasta consideraba importante recordar que en Armero la tragedia dejó 23 mil muertos por falta de previsión o que el terremoto del Quindío arrojó mil novecientos en un solo día y que para lo que a unos le era demasiado poco para otros muy considerable. Estas noticias de la historia nos dejan esperanza. ¿Y ahora cómo será?

7

Los rencorosos asoman por montones. Muchos resentidos se alegran con que al príncipe Carlos le hubiera dado el virus a pesar de no haber ido nunca a un supermercado y desean, como mascando la venganza, que otros personajes similares se hallen contaminados. Da asco y hasta miro quiénes son para no tenerlos nunca como amigos porque en esas almas deben asustar. Es necesario no estacionarse allí y por ahora nos contagiamos de fe y cumplimos viajes a través de los libros al ser un portal hacia otros tiempos. Cada uno significa una nave para volar, al decir de mi amigo escritor, el entrañable Benhur Sánchez, porque están parqueados en

la biblioteca.

Dentro de toda la barahúnda levantada no podían faltar los especialistas en la biblia. Ni chance de escuchar a los testigos de Jehová que mencionaban los últimos tiempos y el anuncio de cómo el fin del mundo está cercano. Y no se diga de los curas siempre tan oportunos con frases requeridas: Ahí van desfilando como esta de Isaías 26:20: “Ve a tu casa, pueblo mío ¡y cierra tras de ti las puertas! Escóndete por un breve tiempo hasta que haya pasado la ira del Señor”. Nos invadían de mensajes y aparecía una veladora prendida que había que pasar a los contactos para que disminuyera la crisis o surgía mala suerte y el infierno. Tampoco estuvo ausente el mismo Papa. Dio sus oraciones en un acto simbólico de soledad representando al mundo como si guardara un minuto de silencio ante la magnitud de la catástrofe. “En esta barca estamos todos”, dijo, y “creemos estar sanos en una sociedad enferma”. No estuvo retirado ni un cura que escribía columnas y así como antes decían que los pobres eran bienaventurados porque los ricos no entraban al cielo, ahora nos salía con que era necesario bendecir al virus y nada de tratarlo de maldito. Todo esto es para el bien, escribe y bendito es porque despierta conciencias y nos recuerda que hemos enfermado al planeta y nos advierte que el arte de vivir es el arte de amar. Uno se queda pensando y entre dudas y tradiciones en la fe, se aplica un padrenuestro por si acaso y hasta pide perdón por los pecados.

Como ya no era ni lunes ni martes ni miércoles sino mañana, tarde y noche, la gente preguntaba por el chat que si “fuera de no hacer nada usted que hace”. Nos salvaba el humor rescatándonos de la tensa postura, mientras las noticias de la tele hablaban de las cifras que nadie detenía convirtiéndose en hordas gigantescas, al estilo de una sombra tenebrosa cubriendo todo el mundo. Cada lugar tenía primero un pichoncito pero se iba estirando entre voces de angustia rodeándolo como un monstruo invisible que nadie detenía. O si no salíamos a la calle para que no pudiera caminar y muriera de hambre en algún sitio. Nosotros aquí, por lo menos en la casa, nos reuníamos en la mesa de la cocina para el almuerzo, enojados claro porque muchos parecían a la gente que seguía invadiendo carreras y avenidas en estilo deporte y un desafío irresponsable como si el tapabocas se lo pusieran tan solo en el cerebro. Entre tanto, yo escribía para acercar lejanías y me asomaba por el postillo de la ventana, como un ladrón, tratando de avizorar al matón invisible, a ese que no reparaba en pinta ni discriminaba, al que nos tenía contra las cuerdas y aún no sabíamos de verdad si terminaría asesinandonos.

Todos estábamos contaminados hasta que no se demostrara lo contrario. Esos días hasta dentro de la misma familia existía desconfianza, en ocasiones porque no había tiempo aún para que quien la tuviera manifestara los síntomas y mucho más, cuando durante la misma semana, precisamente esa semana, tendría el mayor potencial de infección en el país. Una tormenta apocalíptica se cernía sobre el mundo y los pronósticos intimidaban. El vaticinio daba en su reflejo los ochocientos muertos para el 6 de abril y unos veintidós mil infectados aproximadamente, algo así como el principio del fin. Lo que veíamos por las noticias sucedía pero en otras partes y ahora estaba tocando la puerta de la casa.

Si en la mañana o en la noche pausando el ejercicio de caminar abría levemente la puerta de la calle para avistar la soledad y un ambiente algo tétrico, las advertencias de los científicos recomendaban no salir para nada, pues era muy alta la probabilidad de contraer la infección. Si se hacía para algo supuestamente urgente, marcábamos la trampa hacia un tormento. Teníamos que estar al día y no aislarnos de manera simple. El pico de la pandemia se espera para el próximo fin de semana, dijeron las noticias y luego, por fin, disminuirían los casos para el fin de abril. Era cerca porque estábamos marcando el 27 de marzo y los días empezaron a desperezarse lentos. Por fortuna, en medio de la pesadilla, al final resultaban alentadores los informes del panel de científicos porque si se guardaba la cuarentena, la

probabilidad de contagio era muy baja. ¿Serían ilusiones?

Para completar, había llegado con más fuerza la temporada de lluvias y fuertes aguaceros dejaban sin techo a las familias, desde luego las desposeídas que eran la gran parte. Los estragos no resultaban pocos. Milagrosamente, por arte de los decretos, las clínicas cerradas por quiebras durante años se abrían por la emergencia y el aire era más puro en todas partes.

10

Los incidentes brotaban como un mal presagio y hasta se habían convertido en un peligro las profesiones donde era indispensable estar afuera en tiempos de pandemia. ¿Quién no era vulnerable? Tanta suficiencia de algunos, tanta vanidad con sus podercitos de dinero o la miradita de superioridad comenzaba a bajar su nivel donde todos éramos frágiles o débiles. El virus no reparaba en nadie y vagaba sin discriminar teniéndonos a todos contra las cuerdas por su codicia insaciable. Aun así, las únicas muertes notorias eran las de los famosos y de los hombres públicos, pero todos, casi todos, se convertían en cifras, solo cifras y la importancia de un muerto la tapaban otros hasta perderse en la cuenta de las noticias de hoy. El olvido que seremos, diría Faciolince, un escritor notable.

Salían de nuevo las advertencias de mamá cuando

estábamos pequeños y nos cantaleteaba con eso de “no vayas a tocar nada en la calle, lávate las manos cuando llegues a casa, no metas las manos sucias en la boca, no estés cogiendo cosas del piso, no te estés tocando la cara con las manos sucias”.

De pronto Jackie advierte alarmada que se ha roto algo en el calentador y está botando agua en forma desmedida. Tratamos de arreglarlo pero se vuelve inútil y el patio comienza su inundación goteada. ¿Quién carajo consigue en estas emergencias la llegada de un fontanero? El patio empezó a convertirse en un charco que de seguir así inundaría la casa en pocas horas. Oscar, mi sobrino y vecino, acude vestido como un astronauta y arregla un poco el desperfecto, pero nos da un número de teléfono donde el especialista llega con las precauciones. Lo logra. Solo sabemos su nombre y le damos las gracias pero dejamos el dinero en el mueble de afuera, una salita de mimbre donde pasábamos buena parte del descanso y que no hemos vuelto a ver sino por la ventana.

De resto las rutinas y la soledad en medio de la incertidumbre y el aislamiento. Ahora no éramos sino nuestros recuerdos. Y llegaban los propios al evocar en la infancia a mamá que nos advertía huyéramos de los piojosos, que los saludáramos apenas desde la lejanía. El desfile de las evocaciones parecía no tener fin como si pasara la película de nuestra existencia llenándonos la vida, donde sin duda por ahora ya no medíamos el tiempo sino las esperas

No faltó el que pensara que la inseguridad en la calle se volvía más tensa y la gente ya empezaba a cometer asaltos por el virus del hambre. Lo que le sobraba a algunos le faltaba a la mayoría y así no existía sino el peligro natural. El aumento de los riesgos salía en los noticieros porque entre las medidas del gobierno dejaban casi once mil presos en la libertad y nadie reviraba, o pocos, pues les evitaban morir de otra manera al confinamiento carcelario. Fácil salía porque todos huíamos de la guerra y la libertad triunfaba con los desfiles de animales por avenidas de ciudades grandes y pequeñas. Las imágenes mostraban patos por las calles de París, Jabalíes en Barcelona, pavos reales por Madrid, s en Chile, delfines en Cartagena, zorros por Bogotá, linceos en Alaska y osos palmeros por el Casanare. Para completar las buenas noticias saltaban fotos con la leyenda de cómo después de un siglo volvían a nacer tortugas en la isla Galápagos. Con el aislamiento social se presentía que ya nada sería como antes y en algunas capitales de Estados Unidos se repartían domicilios a través de drones como muchos artículos de prensa lo habían calculado años atrás. Unos rezaban, otros le daban insultos al gobierno, los elogios no eran escasos para los mandatarios y de acuerdo a su moral, siempre tan godos, se convertían también en prisioneros, pues la gente pareciera tener grilletes en los pies porque como diría tal vez Freud, la felicidad es solo un ave y el corazón apenas una jaula.

Repasé el destino de los investigadores y de alguna manera profetas que solo habían sido víctimas del desprecio, la burla el encierro, la desaprobación y la rechifla. Salían a flote las vidas del mismo Freud o del padre del espiritismo Allan Kardec. El uno muñeco de burlas por sus colegas médicos en Viena o el otro en París por sus colegas de academia. El desdén por el conocimiento de parte de los ignorantes. Leí por ahí que por más que la abeja le explique a la mosca que la flor es mejor que la basura, la mosca no lo va a entender.

Más de tres mil millones de seres humanos confinados en sus hogares, 823 muertos en un solo día en España y en Colombia por encima de los 600 contagiados, daban una vitrina de lo que se iba a venir en las semanas próximas. El mundo, como dice la prensa, cada vez más asustado y castigado por la epidemia respiratoria incontenible que estimaban cuatro millones de contagiados y un 80% con síntomas leves. Todo eso, mientras muchos en el arte de no hacer nada, dejaban el ocio como clave para combatir el estrés, al igual que una modista de la vecindad que hacía ropa nueva con la ropa vieja.

Había cosas gratas. Así mamá no fuera a ver a nadie, se arreglaba como si fuera a ir a una fiesta y uno la veía elegante, igual que siempre, al advertirlo en las fotos que al chat de

familia enviaba la enfermera o cuando hablaba con nosotros por video llamada. A mal tiempo buena cara, gustaba expresar, agregando que nada es para siempre. No se le veía nunca esa ansiedad epidémica de tantos que se la pasaban corriendo dentro de sus casas sin saber exactamente qué era eso. Aunque yo no tenía la mente en cuarentena porque estaba leyendo o dedicado a la escritura, había una sola pregunta por todas partes: ¿cuándo va a terminar? Mamá se rio con la pregunta por teléfono y dijo que había hecho diez cuarentenas que recordaba claramente. Y eran de 40 días con sus 40 noches, sin exagerar. Los diez hijos que tuvo no dejaban duda y aunque el sistema parecía haber pasado de moda con el tiempo, ella la conservaba de manera cabal. Yo ya tengo experiencia hijo, una larga experiencia y aquí estoy y aquí me quedo hasta que no terminen las medidas o aparezca la muerte.

13

Por ahora estábamos a varios meses de terminar con la emergencia y entendíamos que ser viejos no era nada malo, así lo dijeran muchos de los seudomandatarios en bancos o gobernaciones del gran país del norte. Entre tanto los bienes de la mafia se incautaban para atender afectados que nunca imaginaron permanecer un tiempo en casas tan elegantes, así fuera para suponer el paraíso. Parecían en calma de

potentados como el mismo mar que sin barcos ni turistas reducían la contaminación recobrando todo el azul perdido. Lo peor de todo era que seguían asesinando líderes sociales y a diario surgían sus caras en las cadenas de Facebook porque los periódicos no les daban minutos. Ya pensaban estar aguardando turno como las de esos desfiles en Italia donde las funerarias no daban abasto por el creciente número de fallecidos. Sin embargo, se abrían puestos de esperanza cuando los dueños de hospedajes daban ocho mil habitaciones en 132 hoteles de 28 departamentos.

Empiezan a ser fuertes los registros de muertes en la tierra gringa y pienso en mis amigas regadas por todos los estados, en viejos compañeros de sueños que por ahora sé se están cuidando y hasta en mi prima Marta que hace años no la veo, pero mis pensamientos van directos a mi hija Paula que en un comienzo se alarmó por lo que pudiera pasar aquí, por el subdesarrollo. Ahora nosotros por lo que estaba pasando allá gracias a la estupidez de un mandatario. Ese vendaval del virus que ya no derriba tejas sino vidas caía sobre Nueva York y no dejaba por fuera a Washington donde ella vive. Nos estremecían las noticias, pero por fortuna la veíamos o la escuchábamos a diario sintiendo tranquilidad de verla confinada con Pedro en su nuevo apartamento. Sabíamos de su trabajo agotador, del deseo de salir a trotar por las calles vacías para eliminar el estrés que le llegaba, de las comidas hechas con su proverbial entusiasmo, de las películas que la entretenían por ratos, las canciones que gritaba para acompañarse, igual que la hermana, los mensajes a mamá, los comentarios y las recomendaciones

infaltables. La sentíamos cerca, muy cerca como siempre y solo quería abrazarla así estuviera prohibido. Nos prometimos reunirnos apenas terminara el torbellino. Era de las contadas cosas que haríamos al liquidar la cuarentena.

14

Extrañaba las manos de Amanda y Jackie lo sabía. Tres veces por semana llegaba cumplida como un reloj hacia las siete así lloviera y durante una hora me hacía un gran masaje. Era para mí un ritual sagrado que me proporcionaba salud y agilidad por falta de tiempo y de voluntad para hacer ejercicio. Me hacía ese regalo de alivio de tensiones y un relajamiento donde era más importante lo que sentía que lo que pensaba. Al fondo Jackie ponía en sintonía música de la nueva era y así se daba el cumplimiento de la meta al ir percibiendo los estiramientos y los hallazgos de la serenidad.

Mis hijas crecieron viéndola al lado de mi cama. Algunas veces pedían su masaje cuando estaban aquí y se les veía esa cara de alegría al terminar. Eso de las imitaciones de padres e hijos a lo largo del tiempo se prolongaba en nosotros desde las épocas de mi padre que a falta de masajista nos pedía a los hijos primero y después a los nietos que le sobáramos los pies y la cintura.

Amanda me dijo una mañana que cumplía más de 20 años conmigo. La miré sin entender el significado y sentí que habían pasado veloces al estilo del tiempo en un

matrimonio feliz. Salvo cuando viajábamos, nunca más de cuatro o seis semanas en el año, y no siempre, ella estaba ahí y sin tanta angustia porque su salario permanecía intacto. La llamé para saber cómo andaba su encierro, si estaba cumplida con las normas y qué se le ofrecía. Nada, me dijo tras agradecerme y rogar que ojalá terminara pronto este toque de queda porque se le estaban mal acostumbrando las manos.

15

Por las fotos en el chat de familia o en las conversaciones por video conferencia, advertimos los hombres de la casa que sin ponernos de acuerdo todos dejamos de afeitarnos. Se veían chistosos y uno mismo porque jamás nunca nadie se dejó la barba y la promesa surgió cuando decidimos quitárnosla el día en que terminara este encierro obligado. Quise decirles que no antes de reunirnos para tomar una foto tan atípica como estábamos ahora y en señal de un recuerdo de la larga noche. No sé si lo hablamos porque ya uno va perdiendo la cuenta, pero estuve acordándome de años atrás, por lo menos un cuarto de siglo si no más, creo que en el fondo eran cuarenta, cuando decidí dejarme el bigote hasta que no terminara una novela. Luego de varios meses llegó a visitarme Humbertico Tafur, un cuentista excelente y autor de novelas oriundo del Huila, ante todo un

gran amigo, y como no era una asistencia esperada, iba por la casa en paños menores y aún sin bañarme, lo que me dio rubor y le dije siéntese un poco mientras voy y me arreglo. Al rato salí sin bigote y él sabía del pacto conmigo mismo para gritar con alegría: terminaste la novela hermano.

El único que hizo lo contrario fue mi sobrino Pablo Andrés que se rapó totalmente, explicando que los días de soledad y autoconciencia lo llevaron a cambiar en su forma externa. Se veía al espejo sin reconocerse y se divertía de lo que llamó la efímera inmodestia porque ahora tenía marca de identidad. Unos le dijeron que asumió la calvicie dignamente y otros se taparon la boca mientras sonreían. Por ahora parecía el retrato de un monje del Tíbet, un maestro shaolin e incluso un personaje de caricatura. Nos contó que se divertía haciendo muecas con la cámara y en la privacidad de aquel espejo era simplemente un adulto que nunca dejó de ser un niño.

16

Por esos días, como ahora, me le escondía a las noticias para no enturbiar el alma y oía mi voz interior, la de la música clásica de siempre con la que tapaba el mundo de afuera y me llevaba al paraíso y al placer. Afuera, me dijo Jackie al preguntar, los motines simultáneos en 14 cárceles del país que dejaban 23 muertos y más de 100 heridos era la noticia,

a más del registro de asaltos a supermercados y camiones con víveres porque la gente ya no podía soportar el hambre y la pobreza. Nosotros seguíamos encerrados mientras los animales eran libres y descansaban paseando por las calles aprovechando las horas de soledad y de silencio y sentíamos rabia de no poder hacer más de lo que hacíamos por la gente conocida sufriendo el abandono. La mirada profunda de un gato de la vecindad me despertó del todo.

Bajé del estudio dispuesto a conectarme y sentí que estaba leyendo un cuento de Rulfo o García Márquez cuando vi por el periódico que en Coello no dejaron entrar un bus con féretro por miedo a contagiarse. Por dentro llevaba un ataúd y 20 acompañantes el viernes en la noche y un grupo de gente con barrotos les impidió seguir. Necesitaron devolverse por miedo a las consecuencias y no faltaron municipios militarizados para que nadie incumpliera con las leyes. Todo parecía haber entrado al mundo de lo extraño como en Bogotá, donde no permitían subir en los buses ni en los taxis al personal de salud, e inclusive, en un edificio, pedían a gritos no acceder a que un médico que vivía en uno de los apartamentos fuera a entrar porque les pegaría el puto virus. A lo lejos una emisora habló de trabajo que hacían en no pocos lugares para lograr una vacuna y medicamentos potenciales, pero también una voz de médico aclarando que en menos de un año o año y medio aparecería la vacuna.

Todo era una locura y el mundo un manicomio. Salí a fisgonear el mismo paisaje verde desde la ventana y escuché que no se explicaban cómo no mejoraba la calidad del aire en algunas ciudades capitales y a un experto explicando que

era por los incendios, las quemadas forestales y el humo ya pasado de moda de algunas chimeneas. Entre tanto Jackie hacía el directorio telefónico de la cuarentena, María José continuaba recibiendo clases de su universidad y yo veía que en Holanda se habían robado un cuadro de Van Gogh. Dirijo la mirada hacia la pantalla del televisor y siento alegría al contemplar un numeroso desfile de delfines haciendo de las suyas en el mar de bahía Solano. Finalmente veo que la desigualdad brilla como un sol enceguecedor que ojalá conmoviera a los más ricos. Imagino que ahora con los animales libres como el viento, puedo observar un puma en el jardín. ¿De pronto en la cocina?

17

De súbito tengo los ojos brillantados. Veo más cerca el abismo de los desprotegidos por el mundo y se me revuelven tantas injusticias como un montón de estiércol. No he sentido el hambre de la gente que sale a los asaltos o se queda inclinada en oraciones mientras miran al cielo inútilmente, pero la indignación me queda como traje. Quiero gritar y maldecir ante la inequidad que impera afuera, aunque de nada sirve ahora dañar el sueño plácido de mis vecinos cómodos. El agua falta cerca de aquellos campos de petróleo donde siembran dinero sin importar la sed de sus maltrechas vecindades. Hoy vale más un bulto

de aguacate que un barril de ese carburante ya pasado de moda y en los colegios exigen buen comportamiento cuando la gente ante el tamaño de la escasez toma en el mismo vaso. Todos los desafueros están saliendo a flote y las noticias dicen, como si se tratara de un anuncio del clima, que en Estados Unidos pasan hambre 50 millones de personas. Algunos siguen persiguiendo el sueño americano cuando por estos lados también se sigue propagando esta misma congoja. Los cambios han aparecido y es normal ir al banco con máscaras y guantes sin que a nadie se le ocurra de pronto llamar la policía. Siguen viéndose muchas personas en la calle ignorando adrede la advertencia y se ríen que en Rusia hayan soltado los leones para mantener a las personas en sus casas. La soledad de muchos se advierte en mensajes en sus Facebook palpándose la angustia en sus palabras. Mi amigo Moncho jamás tuvo en su casa grande ninguna compañía y una tarde me dijo, ante la pregunta que le hice, que él tenía seis personalidades para no pasar solo. Pensé en llamar a mamá que no se enfermaba de la calma porque conocía desde joven todas las tormentas y me quedé tranquilo. Más tarde, para dejar un poco de descanso, anunciaban tras el himno nacional otra intervención del presidente. Vi que al mandatario, siempre a punto de llorar como un actor de Hollywood, le iba creciendo la nariz con muchas de las palabras que decía.

Amanecí con miedo. Tal vez pocas veces en la vida lo he tenido, pero anoche entre sueños llegó para instalarse. Como soy optimista, seguro que en unas horas he logrado matar el desasosiego que me acosa. Pero aún no y vuelvo a la pesadilla que me persiguió mientras estaba indefenso ahí en la cama. Vi a mi padre dando su última batalla al pelear contra los cables instalados en su cuerpo sobre una camilla en aquel hospital, 40 años antes. Vi que me tenían con oxígeno sin familiar alguno al lado mío porque no le permitían ingresar a nadie fuera del enfermo. Me entristecía no morir sino morir así tan lejos de la gente que amaba y la soledad se metía por cada uno de mis poros y me iba invadiendo sin que hubiera una cura. No sé si veía las cosas peor de lo que eran o estaba anticipándome a las que pudieran llegar al otro día. Me daba rabia que en estas semanas de pandemia solo esperáramos los males y fuéramos como esos poemas de Ovidio al afirmar que el que ha naufragado tiembla incluso ante las olas más tranquilas. Resultaba mejor pensar con los ingleses de no tener miedo alguno al día aún no visto. Quiero olvidar la pesadilla y no ponerme el traje de cobarde. Los muertos sin embargo siguen aumentando y ya no doblan las campanas por nadie o también quedaríamos completamente sordos.

Comencé a sentir los síntomas. No fue sino notar esos seca, reseca la garganta, algo de fiebre, por fortuna no muy alta, dolor en los músculos, molestia de cabeza pero no dificultad para respirar aún, la garganta resentida, creí que era por los cigarros y en la mañana escurrimiento nasal, algo de conjuntivitis más sin dolor torácico. Mejor dicho para hacer la cuenta no daba propiamente verde ni amarillo sino tirando a rojo. Me alarmé y di comienzo a repasar los nuevos diez mandamientos para revisar si los cumplía y ahí estaban estrictos cada uno. Los leí una mañana pero en Facebook y eran amar el jabón por sobre todas las cosas, no salir a la calle en vano, santificar las siestas, cuidar a padre y madre, no matar el tiempo, no fornicar a menos de dos metros, no robar besos, no levantar falsas cadenas de wasap, no desear el alcohol del prójimo y no codiciar los tapabocas. Los repasé uno a uno nuevamente para ver que no estaba engañándome y los había cumplido todos pero al pie de la letra quedándome en casa, hacer un poco de ejercicio, sobre todo caminar, la alimentación balanceada y deliciosa preparada por Jackie y conservar la calma, aunque a veces se tergiversaran las cosas y como un enfermo de la mente creyera que me estaba muriendo y tuviera sospechas de lo que no tenía, también porque había logrado intoxicarme con tantas noticias en el día sin saber si eran ciertas. Sin encontrar emergencias para los alimentos, las evocaciones se fueron en recordar cómo, para las sociedades, la necesidad de crear en medio de la penuria generó ricos platos que nacieron de la escasez y la pobreza. Ahí surgió el fondue

hecho con los quesos que sobraban, la paella con lo que hubiera para echarle al arroz, el sushi, ese pescado crudo porque no había plata para el combustible o el turrón que brotó en una ciudad sitiada y ya solo tenían harina, azúcar y maíz. ¿Qué se estarían inventando ahora en los hogares? ¿Y ahora qué vamos a comer?, decía en una novela García Márquez.

20

Cada día los escalofríos hacen su visita con las noticias que llegan como aterradora película sin fin. Para depositar cadáveres aparecieron las fotos de Nueva York donde instalan camiones refrigeradores al lado de hospitales. Eran las nuevas fauces devoradoras de los muertos, mientras que en Guayaquil estaban tirados por las calles. Esa mañana invertí el orden de las lecturas porque primero eran las del entorno con el periódico local y antes de iniciar la ceremonia, yo sufría por la pobre Lyda, detenida durante semanas en las instalaciones de un crucero, algo así como un Robinson Crusoe clamando en una isla. Supuse su soledad y sus angustias, sus lágrimas y sus súplicas sin tener un remedio que pudiera servirle. No quise imaginar de qué manera suplía su soledad y sin saber si su celular servía para comunicarme o que ella lo alcanzara con los suyos. Algunos lograban el remedio como el cura italiano que puso las fotos de cada uno de sus feligreses en los bancos del templo y veía

el recinto lleno sintiendo la compañía en su parroquia. Lo bueno que se veía eran los decretos mitigando el pago de los arriendos y otras medidas que no permitían desalojar los inquilinos por falta de pago. Por fin algo de justicia para los angustiados del día a día en que hasta ahora alguien se fijaba porque se amontonaron en las calles. Por ejercicio miré si me tocaba pico y cédula sintiendo que por fin le estaban poniendo orden al desorden. Al abrir una nueva página del diario no todo eran tan malo, pues aumentaba la reducción notoria en homicidios y hurto, infidelidades y accidentes de tránsito. De nuevo las noticias sobre los mayores ya me hacía sonreír porque de la noche a la mañana, sin ningún previo aviso, flotamos como una piedra en el zapato. Lo delicado del asunto era que como en toda guerra, sobrevivirían los más fuertes. El interrogante al final del día con uno y sus mayores en la casa, con los amigos más cercanos, se daba en el temor de si por fin lo lograríamos al final de las cuentas.

21

Las hermanas de Jackie, todas tan rezanderas, hablaban por teléfono de cómo estaban preparando un peregrinaje virtual para Semana Santa. Esta vez deseaban hacerlo directamente con el Papa y se conectarían el domingo de ramos para salir esta vez de su parroquia y saberse allá en Roma, sin más vueltas. Por fortuna no eran como tantas personas que por el chat me envían imágenes de santos,

veladoras que deben ir rotando para conservar su llama, oraciones antiguas de protección de vidas, plegarias por los enfermos, jaculatorias por los ancianos en desgracia, bendiciones sin falta y que Dios lo bendiga. A las cuñadas se les oía fortalecidas debido a las canciones con sus rezos, con la fe sin faltarles y ninguna tristeza. A veces escribían mensajes para los grupos de oración por la salud de alguien, bendecían el pan todos los días y se sentían tranquilas, resignadas, confiando en el de arriba y pensé que cargaban la compañía exacta para estos tiempos duros, ellas que siempre estaban lejos de vanidades.

22

Temía a los tiempos cuando comenzaba el invierno porque marcaba el retorno del asma a mi hijo mayor. Para dejarlo tensionado sentía las vías respiratorias hinchadas y estrechas, dificultad para respirar y opresión en el pecho. Desde pequeño le había aparecido pero hubo un tiempo largo en que se fue sin advertirlo y llegamos a pensar con alegría en su adiós definitivo. Pero no fue así. Algunos especialistas empezaron a averiguar si en su caso se debía a sustancias desencadenantes como los ácaros de polvo, el polen de las flores, el moho o la caspa animal, inclusive la ingesta de aspirina, los cambios de clima sobre todo cuando arribaba el frío y el humo del tabaco. Parecía ser todo y nada, y algunas veces estuvo hospitalizado mientras la crisis

flaqueaba. En ocasiones sentía pitido al respirar y sensación de ahogo, lo más estresante en este caso. La inflamación de las vías aéreas se convertían en crónica y la obstrucción intermitente era desesperante. Las nebulizaciones y el reposo cubrían las emergencias y su hermana le aplicaba espirometría, además de su risa contagiosa y una serenidad de equilibrista. Ella como terapeuta me tranquilizaba y me decía papá, se me queda tranquilo. La emergencia de Carlos no llegó a ser caótica, por fortuna y ni decir que fuera hereditaria. El aire llegado a su apartamento en un noveno piso con vista a las montañas y parques era de calidad y solo quedaba el cigarrillo como una causante. Yo lo consolaba con historias de grandes que fueron asmáticos famosos y le nombraba al Che Guevara, a Roosevelt o a Kennedy, inclusive a Beethoven y Vivaldi, yéndome a los espectáculos con Liza Minelli y Scorsese, a filósofos como Séneca o a escritores como Dickens y el mismo Marcel Proust. Sonreía apenas. Por ahora seguía acuartelado mirando por el balcón un paisaje admirable si descansaba de las clases virtuales como profesor universitario, diseño de algunos libros de la editorial, lecturas aplazadas y ante todo, la escritura de su nueva novela. Ahí respiraba bien mientras el mundo tenía asma por la angustia de los confinamientos.

Mamá se arregla temprano, canta en la ducha, mantiene un tiempo prudente en su bicicleta estática, saborea su café mañanero y cuando graba su mensaje a toda la familia se le ve perfecta y una sonrisa grande con el envío de los buenos días, frases sentenciosas de ánimo y los 88 años cabalgando como si nada le pesaran. Solo extraña desde la sala, cuando mira la puerta, que nadie timbre ni entre al estilo de las horas comunes durante la semana. Entonces se va a las fotografías de sus hijos y nietos, habla con el retrato de papá todos los días y pide le sintonicen una buena película de Sarita Montiel o de Cantinflas. Luego canta boleros al ritmo de las pistas de sus cantantes preferidos y demanda una fruta para pasar un trago que le sepa a dulce. Para ella no significa sacrificio alguno el estar encerrada y solo le hace falta que estemos en su mesa, alrededor de la cama o tomando el café con ella en el balcón donde siempre habla de las formas que tienen las nubes, el clima y el paisaje y ante todo, contar alguna historia.

El llavero se encuentra ahí sobre la mesa desde hace dos semanas transformándose en algo ya inservible porque salir o entrar es un peligro. Desde la ventana veo la camioneta que se encuentra parqueada como un adorno más frente

a los árboles y a veces noto pasar unas ardillas o pájaros azules sobre el capó del carro. Afuera, por fortuna, reina tranquilidad y ninguno se atreve a dar la cara. Somos disciplinados o somos temerosos o simplemente somos responsables. Regente está la soledad y el silencio se agranda sobre todo en las noches, pero los jardines se encuentran florecidos y el aire está más puro. Como diría Rousseau, en la naturaleza para todos los ojos existe un libro abierto. Lo leo siempre a diario. El entorno parece complacerse con la simplicidad, al decir del gran Newton. En la parte exterior encuentro yo otro hogar a mis descansos y en ocasiones cuando a veces camino oliendo de sus flores siento que son las almas que aparecen. Alguien ha escrito que la naturaleza es la ropa de Dios. Cierro los ojos y escucho el rumor de la quebrada que atraviesa el conjunto. Oscar, mi sobrino, ha enviado a mi wasap una tortuga bella que de allá le ha llegado y registro que después de cien años han vuelto a nacer varias en las islas Galápagos. Sigo con los ojos puestos en los árboles. Desde niño he sido feliz mirando las montañas.

Cuatro mil marinos contagiados fueron dejados a su suerte porque sus portaviones nucleares estaban infectados. No sé si sea cierto o una noticia falsa. Siento estremecimiento por sus vidas y examino con asco esa pena de muerte que merece tan poco respeto porque es un juego

sucio, al decir de Jack London. Un signo de barbarie renacía por una destrucción innecesaria pareciéndose al coronel Aureliano Buendía frente al pelotón de fusilamiento. Más no era solo allí porque en las Filipinas, su primer ministro dio orden a la policía y al ejército de disparar a matar al que se saliera del confinamiento. Era más vergonzoso el crimen que el cadalso y el reinado impiadoso de la muerte surgía luminoso. Aquí, como nadie le para bolas a eso porque están distraídos en el virus, han sido asesinados 100 líderes sociales, más de uno por día. Van graneados. Las armas ni los odios se guardaron y tosen su amargura de violentos como tuberculosos mal heridos. Entre tanto descansa en paz la tierra y es la beneficiada sin que las amenazas de millones de carros continúen escupiendo sus gases venenosos. Por ahora estamos a 3 de abril y pasa del millón de contagiados con cifras alarmantes en Estados Unidos. Todo empieza a cambiar desde lo mínimo a lo máximo. Los entierros son actos íntimos y dramáticos con funerales rápidos y cortos. Cuando desfilan solo ven prendas rojas en las casas donde se aguanta hambre. Pocos sabían de tantos con muchas telarañas en su vientre y el apetito se quedó esperando a que solo llegara el último momento. Hasta el anhelo de mujeres se quedó estacionado para quienes visitan los burdeles ahora en cuarentena. Inclusive en las casas se vivía como en el aviso de ciertas películas y noticieros: sin escenas de sexo ni violencia. Como ya el virus no respetaba pinta y pasaban airosos por los avisos de no entre, propiedad privada, se anidó entre las almas porque renacía otra violencia en los hogares. Aumentaban en forma desmedida las cifras de mujeres maltratadas en lo físico, en lo psicológico y sexual.

Hubiese uno querido que fueran candidatos a una de las 100 mil bolsas para cadáveres que pidió una agencia en Estados Unidos. Por ahora la muerte seguía reduciéndose a las cifras: 760 en un día pasaron en Italia, más de seis mil positivos se registraron en Alemania, 800 muertos en un solo día por lados de Ecuador. Creo que todos empezamos a entender el mundo y la vida de otra manera y quienes querían escapar tenían solo un viaje en el tiempo para ser nuevos héroes y desplazándose hacia atrás, cambiar algunas cosas para evitar el virus. No pocos lo miraron en algunas películas. Otros, creyendo el cuento de que el virus olía los perfumes y colonias, los enterraron en el patio, los tiraron a la basura, los escondieron en los baúles tapados con ropa bañada en ajo. Los vendedores ambulantes ya sin ser errabundos, los que vivían por el día a día, los limpiadores de carros y hasta los odontólogos, comenzaron a apretarse el cinturón. Porque ya estaba curada de espantos desde los tiempos de violencia, solo mamá me daba mucha serenidad.

No pocos de los amigos que han llamado mantienen delirantes. Afuera, cuando empiezan las celebraciones de semana santa, las iglesias cerradas son muestra de abandono porque rezar en montonera puede traer la muerte. No tanto como aquella de la gente pereciendo de hambre, igual a

las películas de pánico. La situación no pinta nada bueno. Roberto, por ejemplo, me dice que le da vergüenza consigo mismo porque debe poner un trapo rojo en la ventana de su casa. Pido su dirección que nunca la he sabido aunque fui algunas veces. Imagino que sus hijos pequeños lo miran fijo reclamando esperanza y siento ganas de llorar. Él los llena de música como un cantante de la noche levantando su voz habanera para su arribo al amanecer con la platica del mercado. La cifra de los marcados por su suerte aumenta mucho entre los vendedores, pues nadie compra casas o las vende y mucho menos carros. Los minoristas de la lotería y los que ofertan chance, las peluqueras de los barrios y los emboladores, la gente de la calle gritando dos por uno, los acarreadores de camiones y los camiones mismos, los que lavan volquetas y los carretilleros, los empleados día a día de los parqueaderos, los meseros de los restaurantes, los músicos y los teatreros, los cantantes de calle y los payasos, en fin, la lista inacabada de la masacre laboral interminable. Todo se presenta como una loca carrera contra nosotros mismos donde las cosas de siempre parecen derrumbarse. Los castillos de naipes vuelven a estar de moda. Solo resta mirar el horizonte y suponer un mundo diferente. ¿y quién le pone el cascabel al gato? ¿quién mata la codicia que nos mata? Ese motor del mundo debiera terminarse. No quiero pensar más. Voy a tomar el sol, como los presos.

El río Sena es claro como nunca y atraviesa París sin aguacero. Es sereno su paso por la ciudad fantasma. Todo está muy lleno de vacío, contrario a Nueva York con gente aglomerada en puertas de hospitales. Las cuentas repiqueteando cifras de muertos como marcando goles en la triste batalla sin finales previstos. La ayuda para migrantes es negada y el martillo del juez supremo ha dictado sentencia. Ni siquiera Merlín, el perro de mi hija menor, ha batido la cola en tres semanas.

Vuelvo a hablar con mi hija en la mañana mientras ella se alista para ir a su oficina que ahora está en la sala. En el Banco Mundial donde trabaja todo está tan vacío como sus tesoros en dinero. Su voz tiene la angustia de los que están en guerra y siento que no es la misma donde se pone juguetona viviendo en un reino de alegría. Su voz ya no es igual y ahora solo dice que por allá en el norte están comprando más armas que mercado. No guarda sus angustias ni sus momentos de tristeza pero le explico cariñoso que todo aquí es efímero. Guarda silencio mascando la palabra. Con mucha incertidumbre me dice que está lejano su deseo de tener un hijo porque ahora para qué, donde todo se ha

convertido en vendaval de miedo. Quiero dar un consejo pero no me sale. Pensé en las armas y hasta en los asaltos por las calles y ojos de desespero por las almas. Washington podría salvarse de entrada por ser la cuna del gobierno, me digo ingenuamente. Inútil consuelo frente al hambre con la bandera que empieza a ser izada y de cada rincón brota un bostezo. Respiro el aire puro que me llega del patio meciendo la arboleda. Tuve nostalgia de otros tiempos donde la zozobra no había abierto abismos, pero por ahora es imposible desplazar el problema porque está en todas partes. Solamente le digo que la angustia es bueno disiparla o disminuirla, y debe envolverse en un pañuelo como diría Virginia Woolf. Al terminar la tarde me dice que bailará con Pedro y envía una foto con la botella de vino. Sonríe por fin.

29

Seguimos confinados no arreglando el problema sino solo aplazándolo. Llevamos en la casa veinte días y aún no hay asfixia en las miradas ni ninguna orfandad en la nevera. Nos hacemos la misma pregunta: ¿Cuándo vendrá la vacuna? Las noticias nos dicen que ya se encuentra en muchas partes pero no se experimenta con humanos aún. Tenemos esperanza. ¿Apenas somos voces de la misma penuria al decir del gran Borges? Si las cosas se siguen agravando el mundo se ha caído en el abismo sin retorno posible. ¿Acaso estamos llegando a ese momento de cambiar tapabocas por simples taparrabos? Estoy es dando

vueltas por la casa y contando los pasos mientras llega la hora del almuerzo después de una jornada entre los libros. Jackie desde el fondo me pregunta si se está comprobando que los años bisiestos nos traen mala suerte. Me voy a la consulta y veo que es cada cien años que han llegado las pandemias en fila. Examino en detalle y no son pocos. Se enumeran apenas 107, desde 1582 y el 2020. Yo he vivido apenas veinte y de la peste negra en 1720, el cólera en 1820, la gripa española en 1920 solo tenía noticias. Por resfriado común o por malaria, el sida o el alcohol y el cáncer mismo, sin contar las dejadas por tabaco, inclusive el suicidio o los simples accidentes de tránsito, dejan muchos más muertos que ahora el coronavirus. Al ser un fenómeno global, como los otros, pero sembrados por más pánico, los demás fallecidos resultan sin igual importancia aunque le llega a todo el mundo. La muerte, siempre la muerte rondando y la gente quiere huirle a cualquier precio. Las medidas surgen en la misma medida en una u otra parte. Nunca se habían visto, por ejemplo, jornadas de limpieza en forma demencial, cumplidas por robots en unos sitios. Hoy lo único cierto, en el 4 de abril, es la cifra de más de sesenta mil muertos en todos los países que terminaron coronados por el virus. Y por aquí en Colombia continúan matando a líderes sociales pero los medios consignan notable disminución de los delitos. Surge algo nuevo y son las fechorías por internet. Vuelvo a detenerme en los años bisiestos y nunca me había tocado uno como este. Siento un escalofrío.

Hoy no he hecho sino reír de tantas ocurrencias. Surgen muchas historias como la ofrenda a los dioses del coronavirus pidiéndoles que tome la vida de los diputados como rogativa para quitar su maldición. O el que se pone a hacer ejercicio porque esto parece una película de terror, y al gordo es al que matan primero. Uno de mis sobrinos periodistas llama para dar sus informes noticiosos en que mantiene al día, cerrando su ciclo con el “hoy desde aquí, mañana desde cualquier lugar de la casa”. Otro piensa que la ropa de su clóset debe pensar que se murió y abundan las propuestas como el que se adelanten elecciones para que los políticos empiecen a repartir mercados, e inclusive en encuestas sale la pregunta de que si se tuviera que sacrificar un político por el coronavirus a cuál escogería. En algunas casas sale el toque de queda para la cocina porque alguien se ha robado el pan del desayuno. El pico y placa no estaba solo afuera sino aplicándose dentro de las casas. Cocinan por ejemplo los números terminados en 1,3,6 y 7 y lavan los platos los números 2,4,5, 8 y 9. En wasap comunican que debido a la cantidad de mensajes y notificaciones que cada uno ha enviado, este mes se le obsequia un trapeador y una escoba para que se ponga a hacer algo. Y no solo eso sino hasta aquí llegó la generación que cuando se le caía algo al piso lo soplabla y decía, “lo que no mata engorda”. Me duele toda la espalda dice otro, pero mi país me necesita y seguiré acostado. Bueno, vayan a dormir que mañana toca

descansar otra vez. Y última advertencia: el que no quiera estar encerrado pronto estará enterrado.

La primera noticia esta mañana cuando mirando el calendario veo que se marca el lunes 6 de abril, llega con las angustias de la madre de Lyda diciendo que aún no dejan desembarcar al bendito crucero en que ella viene. La imagino concentrada en el mar examinando que jamás se acaba y la angustia de todos los que la queremos rogando porque pronto la dejen apear. La agonía de la espera se alarga y crece mucho, lo mismo que la pobreza disparada, más en la recesión. Por ahora caen los maquillajes y cada uno se queda con su cara verdadera como las cajas de cartón que producen en masa en Guayaquil para remplazar los ataúdes que se hallan agotados.

Ha empezado la semana santa donde la procesión va por dentro y se hacen las misas pero sin feligreses, aunque para mamá no existe diferencia porque lleva asistiendo meses en la pantalla grande de su televisor. El cura de la iglesia les cursa invitaciones para que se vinculen a las redes sociales de los templos y a los grupos de apoyo hacia los pobres. Ella está concentrada entre sus rezos y la enfermera me dice que la llame más tarde porque asiste a la misa. Aplazo el bello momento de escucharla. Mientras tanto he caminado un poco dentro de la casa y me gusta escuchar los datos

de otras partes del mundo lejos de mi tierrita para darme consuelo que la muerte aun no llega o está lejos. Lejos como se quiere a los turistas siendo los rechazados en una parte y otra y justo ahí en la entrada de los pueblos les ponen barricadas para evitar su ingreso. Y eso que eran lugares que vivían de pasantes. Escucho que el gobierno se defiende ante la corte salvaguardando los decretos hechos por la emergencia porque a los magistrados les parece que quedó en mal lugar alguna coma. Me río de las cifras económicas con el precio del dólar o del euro que ya no me preocupa, puesto que me fijaba solo para los viajes y ahora que los traslados son solo hacia el adentro no me asusta que suban. Al fin y al cabo mi horóscopo aconseja no viajar, mucho más cuando la pandemia llegó sin pasaporte. Los avisos precisan que en cada maleta viajan razones para quedarnos en la casa. Olvido los papeles y en algunas mañanas siento que empiezo a tener los síntomas, los mismos enumerados en tantas instrucciones. Los repaso con Jackie que me tranquiliza y me hace reír diciéndome que esos son falsos positivos. Luego de sus palabras se va a montar en bicicleta pero solo en la estática y por los ruidos que se escuchan desde el cuarto de ropas, la única que da vueltas sin casarse es la lavadora. Me lavo las manos por lo menos cada media hora si he tocado el periódico o recibido algún domiciliario. Dejo caer el agua que me llega con fuerza y me acuerdo que en la adolescencia nadie pensaba en algo como ahorrarla porque entonces sobraba. Afuera la camioneta parece un florero porque no sirve ahora sino solo de adorno, lo mismo que mis cachuchas que protegen del sol. Veo que cada día es un aprendizaje así esté repitiéndose como una película

pero participamos y aprendemos. Al igual que algunas amistades todo parece estacionado y detenido en un lugar del tiempo. Son ausencias presentes. Voy a escribir algo y me acuerdo de la letra impecable que tenía Policarpo y abril surge perezosamente. Cada vez que llega siento el olor a libros frescos y al abrazo de amigos en la feria. La fiesta está aplazada y en lugar de estantes con las novedades se tienden las camillas que resguardan enfermos por el virus. Los cambios siguen cabalgando. Surge el anuncio de una feria virtual del libro académico y la conversación con sus autores. Sonrío.

Ocurren cosas muy serias en Colombia. Primero llegaron las urnas funerarias que las pruebas por Covid porque aquí, como diría el poeta, “Todo nos llega tarde hasta la muerte”. Entre tanto nos debatimos en las consignas del gobierno como “cerco diplomático”, “fraking responsable” y ahora “aislamiento inteligente”. Como diría Ángeles Cantalapiedra: “la lluvia se pelea con el cristal de mi ventana”.

La desinformación se mueve tan rápido como la pandemia, pero en medio de todo, lo grato resultaba cuando realmente no era el fin del mundo sino el comienzo de uno nuevo. Y no se convivía con ideas sombrías de acuerdo a quienes querían que igual siguiera todo o que cambiara para

ser igual, pero al ver la ineptitud de muchos embaucadores resultaban peor que la epidemia. Se negaban a entender que hasta la primavera se había cancelado, pero tuve un buen susto al escuchar que muchos mandatarios se apresuraban a levantar las restricciones y el coronavirus podría resurgir, según las advertencias de la OMS. Aislamiento inteligente dijo en tono solemne el primer mandatario, sobre todo para un país donde había tanto selvático como los 10 millones de habitantes que votaron en contra de la paz. Al fin y al cabo, al decir de Fernando Savater, un país que valora el PIB y no la cultura, el producto interior será cada vez más bruto, pero claro, llevábamos medio siglo terminando un túnel y en las palabras de los gobernadores se anunciaban para la peste las mismas medidas de Alemania. Quise guardar silencio porque la cacería no era para buscar culpables sino soluciones. Estábamos llenos por los buenos deseos y ojalá nos duraran. Tanta preocupación y tan solo somos un instante, una suma de instantes.

33

No quería pensar sino sentir, pero me resultaba de una evasión terrible aislarme también del pensamiento y las informaciones. Algunos pensaban y escribieron que la idea del virus era matar primero a los más viejos, luego a los más pobres y al final a los bocones que se oponían al

sistema. Aquí los pobres en Colombia por fortuna habían disminuido al poner un rasero de 250 mil pesos mensuales para las familias clasificadas como clase media y ahora con el virus haciendo menos pruebas pues íbamos ganando. Sí, simplemente por falta de pruebas como en los juicios contra los políticos. La ironía era la reina porque mientras aplaudían a los médicos y a las enfermeras les pagaban muy mal. Igual que con los campesinos que elogiaban al máximo pero se encontraban en el abandono de todo, dedicando el gobierno los esfuerzos no a los campos sino al supuesto ingenio de airear la economía con el famoso fraking. Ahora por el virus, y gracias a ese virus, la gente y el gobierno comprendían que nosotros no vivimos de la minería sino de la agricultura y hasta que podemos vivir sin futbolistas. Solo quiero saber, al final de las cuentas, que porque no nos habíamos rendido tras momentos difíciles, el triunfo estaba esperando y ojalá fuera a la vuelta de la esquina. La vida es un sueño, decía Calderón de la Barca.

34

Ahora no es la levedad del ser sino su pesadez, escribe mi amigo Víctor Paz, e Iván Beltrán evoca: “La juventud que se quemaba como la nieve bajo un sol devorador”. Nos quedan las palabras y los versos como esas orquestas invisibles que surgen entre las remembranzas como un buen desayuno.

Salimos a la verdad y lo real nos toca. Nos llevó el putas dice una mujer por el chat y otra le corrige, deje de ser grosera, esto es un aislamiento inteligente. Semejante cambio pienso ahora en medio de este aislamiento obligatorio. Un amigo de izquierda por el chat pontifica que este es un simple método para que los pobres salgan a trabajar, se contagien y mueran, pero se salva la economía de los ricos. Mi comadre Amparito se refiere es al cambio que ha surgido porque la vida se reduce. Fíjense no más porque teniendo auto no puede usarse y el dinero es inútil sin poder salir para gastarlo. Algunos le ponen la señal de los dedos hacia arriba simplemente aprobando. Las joyas, zapatos y perfumes ni se voltean a mirar y ahora la ropa usada es la más cómoda, o díganme si no y es una gran lección. Quiero dejar esta conversación pero me quedo un poco porque alguien advierte que los rebuscadores de negocios siguen apareciendo. Escucho que como nadie destruye las mascarillas antes de botarlas, las revenden así. Todos se retiran por esta sesión cuando Ricardo declama lo que ha dicho un amigo y es que el famoso Sida por lo menos era culiando y ya se muere uno tocando un timbre. Otros ponen jaja.

Porque no le temían al virus los que paseaban por la calle sin que lo demás les importara, deberían ponerlos a hacer aseo a fondo pero en los hospitales. Alguien apunta que la idea era no consumir lo que subía de precio y así al final lo rebajaban. Pienso en todas las cosas que se van expresando, mientras en la emisora dicen que las morgues colapsan en Estados Unidos por la cantidad de cadáveres y nosotros

seguimos con cifras irreales. Simplemente aquí había más laboratorios para procesar coca que para las pruebas del Covid 19, señala Marco Toro. Los informes datean que las muertes causadas por Covid 19 llegaba a 32 y los asesinatos a líderes sociales alcanzaba los 71. Reclamaban que nadie debería meterle política al asunto pero ahí estaban los muertos y salía más peligrosa la guerra que ese virus. Para completar, nos estábamos convirtiendo en sede para atropellar a Venezuela con el aplauso de Ecuador, porque a ellos no les llegaban tanto los estallidos ni las consecuencias. Cierro los ojos antes de irme a bañar con cuidado las manos. Por lo menos hay noticias buenas porque para los que no tienen internet, algunos profesores dan sus clases por radio.

Siguen los trapos rojos sobre las ventanas y puertas de las casas donde uno presiente vive solo un bostezo prolongado. Siente la misma angustia sin poder hacer nada y quisiera pegarme contra el piso o gritar como un loco que se vuelto ahora cuerdo. Cierro los ojos ante la pantalla que registra la crónica de unas futuras muertes anunciadas e imagino el desfile. Se reúne el gran quórum de vendedores informales viviendo del día a día aún acuartelados no solo por el hambre sino por los decretos de emergencia. El virus es así, le dice una vecina a la señora que asoma la cabeza hacia

la calle. Regreso hasta mi alcoba mientras pasan los días sin fin en ese recogimiento necesario donde tantos hogares se alimentan solo de las noticias. El gobierno les dice que canten el himno nacional y eviten como sea salir hasta la calle. Los mercados que llegan pero a otras vecindades donde la gente es parte de la clientela de políticos sigue de largo por sus casas como si los condenaran al infierno. Los estómagos protestan sin que los vean los directores que aún no han traducido en su idioma de regentes lo que es la privación, el efecto punzante que sale de su estómago y sin ninguna duda también de sus miradas. Si como diría Einstein “un estómago vacío es un mal consejero”, no falta quien quiera salir a matar y comer gente mas no hay a quien matar porque no hay gente. Los pobres se matan entre si y aumenta la violencia en los hogares. Nadie podría llegar a ser sensato con el estómago vacío. Veo en una película la indigestión de otros nadando en la abundancia en un mundo que tiene el lujo de tirar toneladas de alimentos seguro a la basura. Una parlamentaria al referirse a esta situación, dice que están así porque no son sino unos perezosos. Todo resulta odio y diría Cervantes que “el mayor contrario que el amor tiene es el hambre”. Percibo escalofrío en medio de un verano que se halla agonizando. Recuerdo a Pocalucha vendiéndome en la calle una gran cartulina con un mango. Es verde su pintura y al fondo hay un paisaje con caras a lo Goya. No estoy comprando arte, le digo con cariño. Si no lo hace ahora me tengo que comer el cartón porque ahí hay un mango, responde secamente. Me despido con el dibujo debajo del brazo. Pocalucha sonrío y sale a un restaurante. La imagen se diluye y veo que la apetencia y la guerra

muchos la ven de lejos como si fuera una película. Lo grave es que no aparece un mago que la desaparezca con un gesto, escribe Woody Allen. Una amiga me dice por teléfono que ha iniciado una dieta para que cuando terminen los encierros no la vean tan gorda. Paseo por la casa dando vueltas al estilo de un perro. Tengo las manos cogidas una por la otra sobre mis espaldas para no alegar solitario levantándolas. Lo que menos pretendo es angustiar a Jackie o a la hija. Solo temo que el hambre desate la locura para que todo se transforme y hallo cien mil razones por entender la causa. Tengo hambre de justicia porque al decir de Gandhi, “hay gente tan hambrienta en el mundo que Dios solo se les aparece en forma de pan”. Pienso en Balzac que sabio un día escribía: “el hambre hace salir al lobo del bosque”. Jackie me ha servido el desayuno. Ya no tengo apetito. La indiferencia de las mayorías pasa triunfante por la calle donde solo hay un perro rascándose las pulgas.

Los informes invaden mi wasap día a día y resultan montones que de un momento a otro se han hecho especialistas en el coronavirus. Dejo de mirar el celular y pienso en Lyda de la que no se sabe aún noticia alguna y solo que su crucero sigue anclado. Su madre me relata que apenas se distrae cantando con la orquesta del barco y recuerdo

al Titanic. Daría ahora lo mismo si llegara a tierra porque los aeropuertos están solos y el transporte terrestre, salvo las emergencias, ha desaparecido por pura prevención. Ya llegará el momento en que se baje, pensamos todos los que jugamos a la espera. La veo cantar desde pequeña con su hermana Alexandra que se graduó en sicología y vive en un condado cerca de Miami y la veo cantar en mi cumpleaños poco antes de viajar en busca del cumplimiento de su sueño. La abrazo fuerte en esa despedida con la misma ternura de un padre sustituto que casi nunca ve y pido que a su regreso nos hable de las dichas alcanzadas sin que se pase por la cabeza la tragedia que irá vivir aislada en ese barco con el mar encrespado. No olvido la oración por su destino. Voy al computador y ahí me sale con una disciplina de acose la mujer misteriosa que me ha visitado desde hace quince días. Me envía al día mínimo tres mensajes y el título de leer íntimamente o con reserva y que a nadie comente. Me río de su juego al gato y al ratón y prometo guardarle su secreto en simples frases cortas. No me dice su nombre ni me envía sus datos o una foto. Sin tiempo de averiguar por nada porque emergía como un relámpago en la noche y dejaba su luz para esconderse, la dejo que aparezca cuando le venga en gana y luego la veo desvanecerse con la coquetería de sus palabras.

Hoy es siete de abril y llevo más de un mes en el encierro. La nueva determinación que ha tomado el gobierno se alarga hasta el último de mayo. Me preocupa tan solo el hambre de la gente y sufro de pensarlo en medio de la impotencia para sus soluciones. Para tener sus alimentos tienen siempre el semáforo con un intenso rojo mientras la soledad aumenta por las calles y las almas en pena vagan por los solares y el patio de la casa. Hoy la extrema miseria solo es vista por los que leen las cifras y hasta ahí sus fronteras. El círculo de mezquindades también anda encerrado. Las semanas transcurren y las salidas se esconden entre los discursos como un sueño que irrita y se va convirtiendo en pesadumbre. La gente solo es libre para morirse de hambre sin que nadie ante los clamores pueda abrirles la puerta. A veces cruzan camiones con mercados en pequeños paquetes y en las redes aparecen caras sonrientes de los funcionarios que hacen un discurso más extenso que el hambre.

Estamos hechizados y los espejos donde salen los grandes y famosos tienen marco de oro. Nos regalan la foto. Ahora nos acompañan los recuerdos donde fuimos felices y del hambre también esos gusanos se los están comiendo.

Sufrimientos y dudas acechan en todos los rincones y solo se recuestan entre la soledad y este silencio. El virus en apariencia nos sigue quitando las horas y los días siempre irre recuperables y las maltrechas prisiones solo vislumbran vagamente los días del futuro entre un velo de lágrimas. El sol interior tan solo nos acompaña y hay que creer en Dios para no estar tan solos y tener así sea en otro mundo un poco de esperanza. La sangre que no sale de adentro parece rescatar el espíritu. Por encima de todos los instintos y corridas, las cortinas se abren mientras vestimos la camisa de fuerza del encierro. Vemos que el tiempo nos ahoga pero creemos en la vida eterna. Solo la fe nos salva.

39

Alguien apunta que hasta en los parques de Disney las cosas se ven tristes y en Nueva York, la ciudad que nunca duerme está dormida. El mundo está al revés y nadie quiere oferta de caminos porque dicen que todos nos conducen a Roma y allá sobran los muertos. Por aquí las cosas siguen su rutina, salvo la enorme fiesta que hubo anoche con toda la familia. Pasamos de 40 para celebrarle un cumpleaños digno a mi hermana Totoya. Por exigencia de las organizadoras llegamos a la cita muy cumplidos, cada quien con su gorra o su sombrero. Fueron apareciendo uno por uno y existieron sin duda señales de alegría. Los casados surgen con su

esposas o sus hijos y desde el sofá los grandes levantan con la cara sonriente una copa de vino. Los demás imitamos y chocamos las vasos para un brindis. Nos gusta vernos después de tanta ausencia aunque haya sido corta. Mi hija con su novio desde Washington está con su sonrisa tan cálida de siempre. Pedro sonrío y amaga alguna venia. Mamá y sus elegancias y su cara simpática levanta un pocillo de café y responde el convite. A su lado mi hermana Sofía aparece por ratos. Clarita está escondida y ni siquiera hace intentos por mostrar la cara, igual que en la navidad cuando se esconde al final de la ceremonia allá en su alcoba. A mi hijo le ha crecido el bigote y la barba cañera, (nunca la había tenido) y observo a mi hija Adriana con lentes que jamás había visto. Los hermanos y hermanas, salvo Pablo nos hallamos allí. Desfilan los sobrinos, los hijos que han tenido y las esposas, los nietos y sus carnales, los novios y los bisnietos y hasta el tataranieto. De pronto nos silencian y surge una guitarra y un músico para mi desconocido que da una serenata. Entre tanto brindamos, comemos pasabocas y al final las palabras que dice cada uno para la cumpleañera que reúne el cariño despertado a lo largo del tiempo. Responde las palabras y los ojos se muestran encharcados sin ocultar sus emociones. Ha pasado por lo menos hora y media y luego nos despedimos. Cada quien se retira del computador o el celular. La fiesta ha sido regia y creo que estamos cansados. El zoom desaparece. Nunca había asistido a una fiesta virtual. Tomo el último vino.

No me ha gustado hablar con Trino Aldana porque es un pesimista irreductible. Esta mañana imaginé que para darle alguna buena noticia le iba a referir la luna llena, mas preferí guardar silencio porque supe que diría cómo no le resultaba llena sino simplemente vacía. Insufrible el buen Trino, amigo de papá, que para entonces, cuarenta años atrás, uno lo veía vestido de esperanza después de la violencia. Bajito y regordete tenía cara agradable y ahora estaba muy viejo porque se habían marchado sus amigos y decidía llamarme. Yo le tenía paciencia y hasta me confundía con mi padre porque a veces me llamaba por su nombre y sin ponerle nunca algún misterio le llevaba la idea. Uno lo veía nadar entre dos tiempos que se le cruzaban sin dudarlo y con las añoranzas de los días de certeza se le veía feliz y la sonrisa renacía sin esfuerzos. Lo cierto es que aún no sé porque pensaba siempre en lo peor y no había vuelto a intentar nada con su vida y negocios porque estaba seguro de ir a fracasar. Ya no necesitaba de esas cosas porque hizo un capital para tener la vida cómoda, pero aún se creía en ocasiones que el tiempo no había transcurrido. Fácil le decía a uno que se despertaba con malos presentimientos y había dejado de viajar en avión porque estaba seguro de que iba a estrellarse. Cuando llegó el momento del encierro obligado en tiempos de pandemia, él que nunca salía salvo en escasas ocasiones para dar una vuelta, tuvo el deseo incontenible de arrancar a correr. Daría lo mismo que Trino quisiera

de pronto conversar con alguien puesto que la gente sabía que semejante a un pastor evangélico predecía desgracias eternas y no faltó el que le preguntaran por algo para saber que pasaría lo contrario. Como no creía en el futuro se entretenía en las cosas ya vividas semejando un juguete distractor mientras llegaba su cita con la muerte. Maldecía en ocasiones porque creía que el sol brillaba más en otra parte y nunca entendí por qué era un amargado con enojos pues todo lo tenía, incluyendo un hogar hasta bonito. Lo único cierto antes de que Trino dejara de llamarme, fue que uno de sus nietos, inquieto y callejero, le llevó entre sus manos pegajosas de dulce la tragedia del virus. Negándose a ir al hospital porque ya veía el fin del mundo en el privilegio de su cama, iba cada día de mal en peor hasta que la asfixia y la tos, la fiebre y la conjuntivitis lo invadieron. Trino me iba a hacer falta porque sin quererlo me obligaba a pensar en lo contrario. No quise borrar su nombre del teléfono pensando que una noche llamaría a contarme por fin las buenas nuevas.

Las fotos del boletín muestran las largas filas en bancos y comercios que aún no se han cerrado. Parece que la epidemia ocurre en otra parte y fuéramos seguros a lugares donde no pasa nada por arte de la magia, del sobrado optimismo y de la suficiencia. Siente uno es el rechazo y si por lo menos conservaran distancias adecuadas dijera que

era válido porque la gente cubre su angustias. Al fin y al cabo comienza a ser muy cierto que nadie sabe la sed con que otro bebe. Y seguro es así pero no, porque se aglomeran sin rubor alguno sabiendo del peligro. Uno siente extrañeza ante tanta impericia, a que las autoridades no hagan nada mientras que todo cambia de resabios. La otra vez por ejemplo, la semana mayor tenía un sabor especial y esta que pasaba no le sabía lo mismo a las personas con los templos vacíos.

Un arrume de libros espera mi visita y repaso sus títulos para ver cuál me tienta esta mañana.

42

La prisa parecía haberse terminado en un tiempo donde íbamos muy rápido, pero el coronavirus lo frenó. Por el contrario, las horas del día que jamás alcanzaban fueron alargándose y las siestas pudieron prolongarse sin angustia ninguna. Las fatigas entretanto se iban escondiendo y los relojes no paraban aunque sí nosotros. Todo era como un beso lujurioso que marcha lento deliberadamente. La delicia de darnos tiempo para todo fue esa gran lotería llegada más temprano que tarde, señalándonos en medio de la fiesta como los ganadores. Si la paciencia y el silencio era la virtud de los grandes, veíamos en las dos cosas las respuestas que a veces esperábamos en la quietud paciente de las horas.

Allí resultaba posible ver la colección de los momentos donde fuimos felices, notar que todo volvía en la máquina insólita del tiempo y era posible no abandonar los sueños que dormían por un rato porque no caducaban. Hacían falta días malos para acordarse de los buenos donde íbamos danzando por la calle sabiendo dónde queríamos llegar. Lo bienhechor habría de volver y ahora en mejor forma porque vivir significaba lo importante. Al fin y al cabo era más tarde de lo que creíamos al decir de los sabios e íbamos a encender algunas velas luchando contra la oscuridad. Nos sentíamos fuertes y como decía la oración, contábamos con la serenidad para aceptar lo que no podíamos cambiar y vivir y disfrutar el día pero en cada momento. Leer y soñar trazaban las tareas del día como si todo alrededor fuera para reír, así con las noticias que llegaban se salieran las lágrimas.

43

Esta semana santa resultó fue un regreso a las viejas costumbres. Las añejas películas de Hollywood, todas resucitadas con las historias de la Biblia fueron la compañía. Y resultó bien grata como en los tiempos de la adolescencia cuando nos sentábamos frente al televisor a estar tensos con El manto sagrado, Ben-Hur o José y sus hermanos, el espectáculo de la superproducción en Los diez

mandamientos, en fin, la magia del retorno a unos placeres olvidados y antes que nada a inmemoriales argumentos donde sabíamos el fin. Luego llegó la misa el jueves santo con cantos gregorianos adornando ese fondo de la gran catedral de Roma con sus marcos dorados y la imponencia de rancios abolengos. En silencio escuchamos las palabras del Papa y dijimos que definitivamente era un verraco. La soledad de Roma continuaba reinando, al igual que por no pocos lugares las compras raras por sus desorbitantes costos izaba su bandera. Comparando los precios de los tapabocas y la comida misma, las camas y lo urgente, nos dejaban sin duda marcas de récord Guinness. Y no pasaba nada con las “investigaciones exhaustivas” donde los delincuentes se bañaban las manos según lo indicado por los médicos. Nadie iba a resultar culpable del delito porque la limpieza podía cumplirse hasta en los lavamanos portátiles puestos en las plazas de mercado. Mientras que en todas partes el mundo parecía paralizado, la corrupción no guardaba reposo y su trabajo era noche y día sin descanso. En general, cuando por arte de la magia un decreto acabó con la suspensión de más de un millón de hogares sin su agua, volvimos a creer en los milagros. Mañana habría pescado en el almuerzo y sin saberlo realmente de fondo, podría llegar a ser la última cena. Refresca el viejo olor a eucalipto que Jackie ha regado por la casa.

El miedo nos capturó desde muy niños. Eran los tiempos de violencia donde no podíamos salir de la casa porque podrían matarnos. Todo resultaba prohibido. Hasta en semana santa el cuidado era grande para no caer en el pecado y ganar el infierno. Nada de irnos a orinar en la calle porque resultaba semejante a hacerlo sobre el manto de la virgen, correrle a la mamá si nos pegaba porque se abría la tierra e iba a devorarnos, bañarnos en días santos o nos convertiríamos en pescados y el silencio reinaba. Lo único sintonizado en emisoras daba música clásica y ninguno capaba las grandes ceremonias como el dilatado sermón de las siete palabras, las procesiones lentas y el traje del recogimiento. Se negaba el hablar recio porque equivalía gritar a Jesucristo y personificaba al demonio quien comiera carne en viernes santo. Miedo, siempre miedo al infierno y las historias se iban a lo sacrosanto contando la inundación de todo el mundo por culpa del pecado, los días oscuros del apocalipsis y jamás intentar el acto del amor porque quedaríamos pegados para siempre, al igual que los perros cuando caían en tentación. Miedo como el de ahora si se salía a la calle y un diminuto monstruo, hijo de satanás, se tragaría los pulmones poco a poco y robaría el aire, convirtiéndose en misión imposible el arrojarlo, así la tos nos consumiera y nos arrojara en el manto del dolor. El miedo, siempre el miedo y la puerta al fracaso abierta y en la espera. No significa que ahora viéramos las cosas peor de lo que eran porque estaba el peligro en todas partes y

ni manera de negociar con él, solo encriptados como la medicina única y el valor esperaba como olas intranquilas sin máscaras ni leyes sino fiero, con la confianza de ser libres como la reina de las horas, dispuesto a degollar. No era un susto aparente ni algún fantasma que rondara, sino el asesino ahí en la espera con su figura de terror. Los pasos por la calle se olvidaron y la fuerza y confianza revivían si se anunciaba una vacuna, tan lejos como la tierra prometida. Entre tanto mucha oscuridad y solo Dios quedaba adentro para poder salvarnos y ahí estaba la luz, la protección para podernos guarecer. Valentía contagiosa era la de seguir siendo prudentes luchando contra la adversidad. Nada es para siempre pero no podíamos jugar a equivocarnos. Pronto estaría el día de quitar las cadenas para nunca olvidarlas adelante. Nada es invencible, nos dijeron y al fin y al cabo el miedo es solo una palabra de apenas cinco letras. El resto de abecedario estaba por delante.

45

Era fácil imaginar desde la ventana un desfile de hechos por el virus y muchos locutores transmitiendo su cortejo de perlas. Anunciaban milagros en los precios porque el atún se puso a costo de caviar y los auxilios del gobierno se cobraron 48 veces con la misma cédula. Algunos periodistas arriesgados mostraban los documentos de fantasmas con las

que se ganaban elecciones y el dibujante del periódico trazó las sombras tenebrosas de los tantos cretinos que perdieron el alma. No era ninguna novedad porque todos sabían que aquí la impunidad era la reina y entre el silencio cómplice aplaudían, más solo con el gesto tras investigaciones exhaustivas. Nadie escuchaba el eco de los pronunciamientos y castigos y subsistía tan solo alguna montonera de palabras y discursos y al momento final, nadie recibiría su condena. La vergüenza se hallaba en viejos diccionarios sin consulta porque proscibía la virtud y la justicia, según unas sentencias encontradas por los coleccionistas de libros raros y curiosos. Ahora con libertad los vividores ordeñaban hasta al coronavirus y parecían potros desbocados manchando la llanura. Razón tenían los que multiplicaron en sus redes que no nos faltaban recursos sino nos sobraban ladrones, pero aquellos de ropas elegantes y un raudal de mentiras, iban con sus manotas delicadas a darle su zarpazo al presupuesto. Como la muerte que a hoy, en pleno 10 de abril, se ha robado 90 mil vidas y en 24 horas dos mil en Nueva York. Pero el desfile sigue y no faltan las caras de los funcionarios riendo como unas hienas con sus contratos pervertidos. No dejan de surgir los seguidores que les piden autógrafos por ir robando el pan al pobre y al hambriento. No falta el que señale la ironía porque si desvalijaban a la gente del mismo respirar, los refranes antiguos se pasaban de moda al decir por ejemplo en forma seria que al hombre pobre no le salían ladrones. Va acabando el desfile y hacen su parada los que no existirían sin los encubridores, los bribones bellacos y rufianes que se las dan de vivos para causar la muerte, los que nunca han perdido la ocasión (¿es la que hace al

ladrón?) porque se saben sagaces y valientes. Me quito de la ventana que imagino y voy a vomitar.

46

Es viernes santo y el Papa solitario se arrodilla con ceremonia en vivo por la tele. La transmisión que llega a millones de hogares deja la sensación de que hemos vuelto a respetar la fe. Nosotros conservamos el silencio y hacemos la oración, mientras al otro lado de la calle un pastor con micrófono amenaza que quien vaya morir debiendo diezmos será violado por el mismo Satán. Pienso que estamos locos y hasta los siquiátras nos advierten de una nueva epidemia de salud donde van a invadirnos los trastornos mentales. El anuncio de la depresión en niveles graves y otros leves gracias a este encierro prolongado no llamó la atención. El médico señalaba entre otros factores que eso se debía en unos casos por perder el trabajo, sensación de ansiedad por el recogimiento al estilo de celdas, y al aislamiento de la cuarentena sin que faltara pronto un hundimiento, seguro galopante que podría triunfar. ¿Y es que quién no estaba vulnerable? Parecía tener un cuadro de clasificaciones para los que asomaran su sentido hasta la paranoia, el temor a lo extremo, dolor intenso por las personas fallecidas sin que hubieran podido ir a acompañarlas en su último viaje, desorden alimenticio o falta de comida y lágrimas porque dejaban morir a los pacientes en sus casas por falta de

70

recursos. Ahora la locura era la nueva normalidad social y lo malo se multiplicaba igual que el virus. La esperanza surgió al final cuando dijo que pronto olvidaríamos e íbamos a estar de vuelta a nuestros hábitos. Me tranquilicé. Solo me quedé mirando las imágenes de un bebé elefante que lloró cinco horas al ser separado de su madre y de un rinoceronte que paseaba tranquilo por Nepal.

47

No era que la soledad nos desconectara con el mundo porque había tiempo para pensar e imaginarnos ahora lo de afuera y hasta con las fantasías de lo que pudiera ocurrir en tiempos del futuro. El encierro, por más que lo trataran de algo miserable, nunca se comparaba al aislamiento de un sepulcro puesto que los ojos iban en la persecución del horizonte abrumadoramente despejado. Las salidas estaban abiertas si contraveníamos pero existían otras realidades, múltiples por cierto, con las que podíamos distraernos. Adentro uno siempre lleva un parque de diversiones. Y claro que podría escoger el de las lágrimas y la derrota, la sensación de muerte o ponerse un vestido de tristeza. Todo para hallarle razón a Cervantes cuando hablando de la libertad en palabras a Sancho, decía que el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. El asunto era administrar un poco la agonía mientras la instalación de las vacunas comenzaran a golpear la puerta. El repliegue sobre nosotros mismos no sería muy largo y quedaba, como diría

71

Dumas en El conde de Montecristo, confiar y esperar.

48

La abuela de la comadre Amparo se había escapado para el cielo. Eso dijo de pronto en la mañana con una voz cortada que nos entristeció, pero nada nos dijo que fuera por el virus. Pareciera que uno no se podía morir de otra cosa y resultaba extraña la noticia. Lo cierto es que las únicas flores o coronas que alcanzaran a enviarse serían las virtuales y un acompañamiento espiritual, porque de resto solo iría ella como en una de las escenas del aparente absurdo de Buñuel o Fellini. Puro surrealismo forrado con el abatimiento y la boca tapada para que no se le fueran a volar las lágrimas. No conocí a la abuela de la comadre Amparo pero me entristecía su tristeza.

49

“El programa Lázaro” se llamaba la película en turno. Iba por el supuesto triunfo de la ciencia sobre la muerte y el hombre joven del experimento resucitaba luego de cien años. ¿Valdría la pena someterse a esto cuando ya no había nadie que importara? Fue recibido en medio de una fiesta donde el júbilo hacía expresión de victoria en el encuentro. Sus ojos recorrían a la gente examinándolo como un

fenómeno y él en mucho sorprendido por las caras alegres quería solo huir para encontrarse rápido consigo mismo. Le habían conservado filmaciones familiares, fotos de sus seres queridos e imágenes de calles y ciudades que ya no eran las mismas. Se retiró del espectáculo que los dueños del laboratorio planearon para alimentar el negocio lucrativo y se insultó por haberlo permitido e incluso pagado. Recordó que estaba al borde de la muerte por una enfermedad y una tarde de agosto recibió la propuesta que le dio varios días vueltas en la cabeza. Cuando creyó que todo estaba al borde del fin, se despidió de ella aunque sin dramatismos. Ahora despertaba y quiso suicidarse, pero alcanzó a advertir, antes del sueño, que un grupo de especialistas lo salvaba.

50

En las mañanas silenciosas extrañaba el canto de los gallos, el ruido de las campanas llamando a misa o su sonido silencioso y espaciado si se trababa de un entierro. Ahora de aquellas estaciones tristemente lejanas me quedaba el canto de los pájaros, el rumor de la quebrada solitaria y la mudez elocuente del crepúsculo. Todo era más claro entre el confinamiento y renacía la cadena de afectos que no dejaban flaquear la esperanza. Se estimaban vacías las ciudades y por lo menos por fuera sosegadas, mientras nosotros mirábamos de nuevo la película de La pasión de

Cristo con la que cada año regresaban las lágrimas. Las antiguas lecciones aprendidas renacían otra vez con esos años donde los pescadores lograban ser apóstoles y la gente veía resucitar los muertos. Para entonces las ventas de la gente eran tan solo por platos de lenteja y se crucificaba a los ladrones. Días en que las plagas llegaban por docenas y a veces solo siete y los buenos milagros tenían otro sentido. Sin la ciencia ficción los paralíticos andaban y aunque los pobres se reprodujeran eran los ganadores del reino de los cielos. Las críticas se quedaron en mutismo porque nadie se atrevía a tirar la primera piedra si no estaban libres de pecado y entre las multitudes se multiplicaban los panes y los peces. Tiempos aquellos en que Dios proveía y era cierto y los mares se abrían, los ciegos podían ver y la magia reinaba, lo mismo que se expulsaba a los mercaderes de los templos. Claro que había traidores como ahora porque Judas se encarna en toda era como los que ganando niegan varias veces y se lavan las manos mientras que si el crucificado pide agua le dan como bebida su vinagre. Hoy ya nadie atiende los avisos de “en caso de emergencia rompa el vidrio” ni triunfa la Kola granulada, la del tarrito rojo.

Las máquinas habían empezado a dominarnos. No era sino verlos, e inclusive vernos, pegados del celular o del ordenador durante varias horas en el día, más de lo mandado, como si fuéramos juguetes del destino, al decir del gran Shakespeare. Nos portábamos al estilo de peones de la montonera o marionetas sujetas a sus hilos. ¿Estaban superándonos las máquinas? Amores y negocios, consultas académicas, pedidos a domicilio, todo lo que ayudaba a tareas eficientes, robots con desempeño en salas de cirugía, programas que nos servían de profesores, guías en el carro, identificadores de objetos, imágenes, sonidos y sistemas de juegos con videos, bibliotecas de todo, ficción definitiva si se compara con los tiempos viejos. Parecíamos sus dueños pero ellas eran dueñas de nosotros. La prensa de papel quedó obsoleta y de querer noticias ahí estaban todos los periódicos del mundo y en todos los idiomas. Éramos arcaicos como humanos y reemplazaban los oficios, los contrincantes de ajedrez y los gimnasios, conductores de autos con autonomía, la pura inteligencia artificial. Coexistíamos con ellas por ahora y las máquinas de la ciencia ficción y las películas nos hacían reír o tensionarnos. Quise salir de las meditaciones y me fui a información con datos actualizados al segundo de cómo íbamos con la pandemia en cada sitio. Siento estremecimiento.

Metido en History Channel como vicio para irme a otros tiempos y explicarme fenómenos del mundo que me hicieran dejar tanta atención a la marcha del virus, me tropecé con algo realmente curioso y hasta insólito. Unos médicos especializados en genética estaban investigando el ADN de la sangre de Cristo. Iban a varios sitios del planeta donde ellos suponían podrían encontrar sus descendientes después de 20 siglos. Analizaron el manto de Turín o su sudario, mejor, y en muestras de la estirpe, su conclusión estaba en que Jesús provenía de una tribu que hoy tenía tan solo un millón de personas. No tenía ni idea que Juan el Bautista era su primo aunque en segundo grado y el redentor había tenido hermanos y que detrás de ellos muchos arqueólogos y científicos iban obsesionados con su ADN para identificar el árbol genealógico más indagado de la historia. No pocos afirmaron que según esta sangre Jesús no era humano, lo afirma Ron Wyatt por el estudio del número de cromosomas y otros se tomaron fotografías con los posibles descendientes. Eran curiosidades y preferí tomar una copa de vino.

Mi hermano Pablo escribió por el chat de la familia que un amigo de todos los mayores hoy cumplía 100 años. Se trataba de Fabito Peña a quien conocimos desde niños,

amigo de papá y hasta vecino nuestro en el barrio Dulima. Lo había visto algunos meses antes en la empresa de libros de mi hermano y tomamos café mientras las evocaciones no faltaban en medio de sonrisas. Nunca imaginé que él tuviera tantos calendarios a su espalda pues no se le advertían en la cara ni tampoco en el cuerpo (siempre fue delgadito) ni en los gestos, mucho menos en la gran memoria y la expresión bien fácil como entonces. Me parecía que con él no había pasado el tiempo y nos hubiéramos encontrado el día anterior, aunque llevábamos lustros sin mirarnos, salvo la cita casual que he referido. Sentí mucha alegría con la noticia y podríamos decir que se trataba del último sobreviviente de esa generación y de vivir papá tendría 99. Era un siglo de vida con múltiples historias y desfilaban claras las figuras y el color de los ojos de toda su familia. Carlótica, la madre, muerta por lo menos 40 años antes, Jaime, de los menores cubierto por el cáncer se despidió un día jueves y quedaban Gustavo, Amparo y Deissy con una cara triste desde niña. Fabito Peña se mantenía encerrado desde antes del virus y nos restaban todos sus recuerdos, la primera radiola que comprara con el disco de muestra que sonaba mañana, tarde y noche, Y era Marta la reina, la canción que terminamos odiando, su oficio de vendedor de madera y siempre un hombre alegre que esperaba tranquilo el día de la muerte. Tomé un whisky en la noche y a su nombre mientras las emisoras anunciaban el deceso de médicos lozanos, enfermeras en plena juventud, más de un centenar de azafatas contagiadas, los aplausos a todos llamándolos los héroes pero sus sueldos bajos y un olor a tristeza en todas partes, aunque la alegría reinaba por los

primeros 100 años de Fabito Peña.

54

No era fácil quedarse en ese barco donde la serenidad estaba esquiada, pero era el que teníamos a mano y la tormenta dura apenas se advertía. Vendrán peores tiempos, anunciaba el científico. Nosotros seguíamos guarecidos preparándonos para la tormenta o el ciclón y aunque las mentiras habituales que vivimos a diario se estaban desnudando, buscábamos engañarnos y brindarnos consuelo en medio de la crisis mundial de la pandemia. Los dilemas finales era claros y se trataba del trueque de la libertad a cambio de salud, decía un periodista: salvar vidas o salvar dinero entre las formas de mirar el mundo. Sufrían los más ricos y morían los más pobres en estos momentos tan extremos que habrían de recordar los amigos de la futurología. ¿Y qué nos quedaría después de tanto miedo? Si la perturbación estaba al día, ahora que no comprábamos sino lo estrictamente necesario, la economía colapsaba aunque se mantuviera intacto el país donde votan los que no existen y reciben auxilios hasta los mismos muertos. Las estadísticas mostraban trascendental baja en los robos, los homicidios y la guerrilla cesó fuego, pero los corruptos se mantenían firmes. Solo los honorables estaban bajo arresto. Fuera de pensamientos y de reflexiones, debía actuar frente a las cosas en vez de tanta quejadera. Por

eso, y así no fuera mi costumbre, dejé de preocuparme por las deudas y el listado de los compromisos de dinero porque pasaron a segundo plano. Lo más importante por ahora era elaborar la antología selecta de mis amigos más necesitados, pues por fortuna he sido rico en amigos pobres y anhelaba un remedio para ellos, así no fuera sino transitorio. Sentí luego de todo que quería llorar por haber servido para algo y me quedé pensando a qué siglo me iba por unas cuantas horas. Los libros me esperaban y vi como un bufé tantas ofertas que tuve indigestión. Al final decidí ir de la mano del mismísimo Dante y me metí a su infierno y a su paraíso recorriendo los círculos de aquel extraño mundo.

55

A este otro atardecer en el encierro el horizonte se mostraba oscuro y la lluvia caía. Afuera en el resto del mundo o lo externo a mi casa, las ayudas clamaban pero nos sentíamos más inútiles que un pasaporte en estos tiempos, extraños y novedosos porque dejar de visitar a los padres era un acto de amor. Todo parecía boca arriba o boca abajo, depende la mirada, y en el ateísmo de los descreídos como una religión, según el poeta Manuel Neila, vomitaban sus críticas como una metralleta entre la ola de suicidios en aumento. Los funcionarios seguían tomándose fotografías a

la hora de repartir ayudas porque no eran más que luciérnagas con vanidad de estrellas, decía Víctor Paz y la salud mental empezaba a salirse de carriles. Nada era alentador con el agrandamiento de las muertes y el síndrome del placer surgía en aplazamiento. No pocos cumplieron expresiones de amor sobre la muerte de Gaitán y su memoria que aún parecía una estatua viviente, pero si antes expresaban que en Colombia la historia se dividía en un antes del asesinato del líder y un después porque cambiaba la república, ahora las referencias serían otras con un antes y un después de la pandemia.

56

Contra los pronósticos de invierno que en estos días ha asomado tímido su cara, el sol alumbra más radiante esta mañana, pero a lo mejor no en todas partes donde la noche sigue por las noticias tristes. Un muerto cada dos minutos cuentan en Nueva York y en Ecuador retiran de las casas a más de 700, mientras en las viviendas de los barrios humildes e inclusive las de la clase media, asoman sin detenerse las banderas rojas. No es el tricolor porque seguramente se han comido el azul y el amarillo. Nos erosionan las noticias pero es indispensable estar al día por lo menos un rato. Jackie me dice que no debo abrir la puerta ni pensar mucho menos, como tal vez le dije, en estarme un buen rato en la sala de

mimbre que tenemos afuera. Solo la he mirado con nostalgia, pero como diría Galeano, “con tantas personas perdidas, llorar por las cosas sería como faltarle el respeto al dolor”. No debes arriesgarte me repite porque arriba está el águila divisando a su presa desde varios kilómetros. El miedo nos sigue gobernando y los viajes continúan prohibidos así sea a la puerta. A veces dan ganas de correr como los perros cogidos por un carro y se siente la asfixia pero no por el virus sino por el encierro. Las canitas al aire han quedado aplazadas porque lo mejor de este cuento es que todos estamos advertidos. Por eso es importante ponerse en los zapatos de quienes han dado positivo y más cuando hoy 13 de abril los muertos han pasado de los 110.000 y reportan más casos cada hora. No tenemos ventajas como en China, en algunas ciudades, donde las cámaras rastrean día y noche detectando infectados y si la máquina infrarroja emite las señales, lo meten en un ambulancia y lo llevan al primer hospital que haya en el camino. Por ahora todo está en silencio pero alguien dispara un tiro al aire.

57

Mientras todos estábamos como en pie de guerra mirábamos los días del futuro sin perder la esperanza, y así ganáramos, como diría Susang Sontang, quedaríamos sin duda devastados. No pienso en los naufragios y quiero

distraerme logrando divertirme cuando nos muestra el noticiero que los ciclistas hacen sus carreras virtuales pero desde su encierro y según cada etapa se escuchan esas voces de los comentaristas deportivos que son como la peste. Salen las entrevistas de los que lloran porque la Fifa ha aplazado las eliminatorias y los juegos olímpicos y los campeonatos y si se hacen partidos serán sin ningún público, al igual que las misas así presida el Papa. Pero los medios captan una gran sintonía de quienes no se han despegado de los canales deportivos y repiten partidos para gritar los goles. El horóscopo que leo por costumbre desde hace muchos años, me dice que unos días de descanso me ayudarán a reparar. Siempre sonrío luego de hojearlo y por ahora me faltan los abrazos y hasta quisiera dar un beso como el más largo de la historia que duró 46 horas, 24 minutos y 9 segundos. Y a reevaluar el beso en su día internacional que hoy se celebra pero sin dar ninguno aunque sean un motor en todo el mundo. ¿Se pondría de moda lo del beso robado? Pensando en esas cosas resucitaba hasta el de Judas y las obras de arte que los eternizaron. Por encima de esas tonterías seguiremos de cuarentenautas. Y a contemplar milagros como el del Himalaya que puede verse desde la India por primera vez en décadas y a registrar las emociones de algún amigo historiador dedicado a escuchar música de la época de la Independencia. No falta el avistamiento de una osa de anteojos con dos crías allá en el Putumayo. Voy hasta la ventana indiscreta. Veo pasar tres ardillas por el patio y un gato desde la vecindad se ha quedado mirándome. Jackie me ha dicho con la voz alarmada que debe haber ratones mientras las lagartijas pasean por el techo.

Mientras seguían construyendo la destrucción del futuro, la oposición llamaba Estado virus a ciertas normas de los gobernantes y el congresista Pulgar era grabado en pelea de gallos, aunque eso sí tenía tapabocas. Toda una fiesta sin las puertas cerradas y el despilfarro seguía sin control como si nadie fuera a contenerlo, no obstante sí lo cumpliera con la pareja amiga que estaba separándose y los unió la cuarentena. Las voces de la angustia llegaban sin pararas y mi comadre Flora llamó apesadumbrada. Tranquila, yo le dije y su tensión venía porque escuchó en la radio que iban a acabar con los festivos para recuperar la economía. No era nada comparado al ver otra vez esa expresión debajo de las fotos de los fallecidos. La palabreja se elevó a la moda porque seguían llamando héroes a los médicos muertos por el coronavirus para evitar que fueran mártires, puesto que esos hacen mucho daño pensando en el futuro y más de aquellas muertes prevenibles por falta de elementos. Por no decir que víctimas les elevaban su nivel en señal de consuelo y el título de héroe se hallaba ahora desgastado alcanzado el valor de las vendedoras de aceitunas que te dicen mi amor sin conocerte, al igual que las putas. Los pedestales estaban ocupados y despedían a los héroes sin capa, sin guantes, tapabocas ni mascarillas, pero no se querían bajar de esa nube los que los calificaban así de esa manera creyendo enaltecerlos. Aplausos, más aplausos pero menos salario. A los soldados no los envían a la guerra sin darles un fusil ni los mandan a comprar uniforme. ¿Pagarles su salario era

un favor? Surgen las estampidas sin solución posible. Los venezolanos han huido a su país de origen y se amontonan como antes cuando querían entrar. Entre tanto las manadas de delfines continúan tomando la bahía de Santa Marta y en Buenaventura muchos habitantes se metieron al mar porque creían ingenuos que el mar iba a curarlos y suplantaba la vacuna que aún no han inventado. ¿Y quién podrá salvarnos? Ya el Chapulín ha muerto y el susto está en la agenda. En Nueva York la enfermera ha entrado a una habitación y hay un cadáver. El llanto no se detiene después de nueve horas de trabajo y más de diez kilómetros de vueltas. ¿La dejaron morir porque no era rentable? Tuvo un sepelio desolado y la enviaron a la fosa común. ¿Y quién podrá salvarnos? Una estación espacial grabó el paso de docenas de Ovnis. Era una formación de naves no reconocidas y la NASA lo transmitió en su canal YouTube. Ya sin aterradoras negaciones vieron una presencia más activa de diferentes objetos voladores no indentificados. No era alucinación porque se avistan desde varios países. ¿Una flota de naves con tecnología extraterrestre? O son ultra secretas de los gringos. Ellos están ahí.

Carmencita Perdomo ha limpiado tantas veces el mesón de la cocina que en cualquier momento pueden operar a alguien encima sin correr ningún riesgo. Todo luce brillante en muchas casas y en forma meticulosa se desempolvan y enjabonan las cosas, se sacuden y barren, se friegan y se limpian y las manos son pulcras como las del médico. Por donde se mire reluce sin ser oro y me evoca patenas en la iglesia. Cada quien se preocupa por no ir a ensuciar nada cuidando los detalles y recuerdo a mamá que siempre ha dicho: en casa limpia los ángeles bailan a gusto. La máquina de limpieza que es la muerte, y lo dice Celine, continúa por el mundo, pero que por lo menos donde estamos se note que hay vida. El orden se puede ver porque se ha hecho sin prisa, salvo en la casa de un amigo donde como afirma Mafalda, no se sabe si es mejor limpiar o ponerla en venta. La gente ahora sí sabe lo que tiene porque arreglan sus cuartos y nadie echa la basura adentro o la disimula debajo de las camas y las mesas. Un viejo amigo expresa que no le gusta ver la casa sucia y por eso se levanta y apaga la luz. No ha sido mi costumbre cumplir con las tareas de la casa pero hago lo que puedo y no al estilo de Vicente López que levanta los pies cuando barren. Hoy solo como dice el poeta Iván Beltrán, amanecí con suave nostalgia porque no quiero olvidar el sabor de los besos. Todos están en el teletrabajo. Y todos pendientes de la curva, la de la pandemia, la del empleo, la de la resistencia, en fin, las curvas del nivel de importancia de las cosas según pasaran meses del encierro

señaladas con mucha, importante o poca. Algunos con las mañas viejas cargan un secante para robarse un mojado. Por qué debía contestar en las consultas, por ejemplo, ¿que yo no era un robot? Pienso en el amor en los tiempos del cólera.

60

En los mercados que regala la alcaldía, el funcionario pone su imagen agrandada con una insoportable vanidad. Debe ser de aquellos que pronuncian con mucha suficiencia que Dios le pagará, poniendo su excesivo amor propio al descubierto. Su cordura había alzado el vuelo y sus seguidores lo aplaudían como unos perros fieles que le baten la cola. Mejor dicho como diría Shakespeare, el orgulloso se come así mismo. Es de asco lo que hacen tantos funcionarios con una cámara detrás para que vea el pueblo cómo sí los saluda y si reparten algo solo cumplen deberes de emergencia más con la plata nuestra. Pero bueno, es lo que da la tierra. Mientras los animales siguen libres nosotros permanecemos enjaulados. Igual que monseñor para insubordinarse ha cambiado la catedral por una tele misa que ya tiene sus fieles y ponen la señal de que les gusta o el a veces me encanta. Ha impactado de veras porque ha multiplicado seguidores. Yo por lo menos ante tantas ofertas, ya no me contento sino con la del Papa.

61

Desde cuando la musa se le transformó en musaraña, diría Víctor Paz, y cuando vio que los siervos se tomaron las calles de los suburbios de París, el poeta pensó que estaba enloqueciendo y más cuando las cosas de la lógica las veía al revés, como una enfermera para 20 pacientes y 35 asesores para un diputado. ¿Dónde estaba realmente la pandemia? Pensó que la energía llegada de los avistamientos de los OVNI por muchos lugares del planeta transformaba las mentes y nos estaban invadiendo. El mundo estaba detenido, y entre tanto aparecen y desaparecen esas luces en el firmamento. Las luces parpadean y Oscar mi sobrino se ha atrevido a filmarlos en la noche desde su celular. La rapidez era de miedo. Cosas extrañas ocurren en esta cuarentena. Uno siente también que se enloquece porque percibe virus atacando y aún no tiene tos ni fiebre ni le falta el aire, pero estamos muy frágiles. Tomo aire todas las mañanas durante diez segundos, mantengo la boca húmeda, hago gárgaras de whisky y se diluye un poco la desolación que causan las noticias. Cien ballenas cautivas han sido liberadas allá en Rusia. Estoy desnudo y hay un poco de manos que se estiran rodeándome: los bancos y el teléfono, el gas, la luz y el agua y puntos suspensivos. Recuerdo un pájaro que embalsamado tenía un profesor y veo que se reparten bolsas para cadáveres en los hospitales. Me habían dicho que me quedara en casa pero no que me quedara callado. Pongo por tapabocas algún

libro de lectura aplazada. Escucho La bohemia de Charles Aznavour hasta que se termina. Me asomo a la ventana y todo está en sigilo. Oigo que es el silencio que me grita.

62

Hay cosas que no deseo aquí encerrado y trato de evitarlo pero regreso siempre a la pantalla. El menú se aparece más ya no quiero ver sucesos de este mundo. Me estaciono en Discovery Channel y empiezo a distraerme con los cazadores de fantasmas. No son historias suaves ni serenas tampoco, pero me trasladan a otras dimensiones. Conocía cazadores pero no paranormales que están llenos de símbolos y hay documentales por montones que explican sus actividades y hasta salen las pruebas de que los fantasmas en verdad existen. Unos son buscadores de asesinos y coleccionistas de sombras que hacen sus llamados de auxilio en casas con energías extrañas. Su misión es liberar las almas y conocer secretos de estas vidas para orientar las investigaciones. Visitan y recorren los lugares oscuros, acuden a testigos que han asegurado presencia en esas partes y marcan con un X los sectores poniendo cámaras con visión nocturna, termómetros digitales, campos electromagnéticos y esperan que se manifiesten los espíritus. Las horas son eternas porque los relojes parecen detenerse y ellos en silencio captando una señal, una luz, un movimiento, se resignan

cansados entendiendo que es el sacrificio de la investigación. Son como buscadores de explosivos. Algunos de todos ellos logran comunicarse y captan el fenómeno de ese más allá. Son muchas las temporadas que se anuncian. Siento que el sueño me persigue ahora y antes de apagar, con la pesadez entre los párpados, voy hasta las cortinas. Mientras se bajan poco a poco veo una sombra enorme que cruza por el patio.

63

Ya es 14 de abril y cumpla más de un mes en el encierro. ¿Serían casi dos?. Las noticias son buenas para los animales porque de acuerdo a los videos se pasean tranquilos por las calles vacías. Ahí nos tropezamos con dantas en Argentina, camellos en Marruecos, pavos reales en Madrid, zorros en Buenos Aires, renos al sur de Francia, flamings en el mar de la Plata, delfines en Venecia y Santa Marta, venados en Japón, dos osos hormigueros por el Casanare y llamas en Uruguay, sin olvidar un leopardo nublado, aparentemente extinto desde hace 30 años y que salió en Taiwán. Sin embargo hasta ahí no llegan las noticias porque resultan casos sorprendentes y raros como el de la cebra embarazada de un burro en un trámite exótico y curioso. Dicen los expertos que dio como resultado nada menos que un Zonky pero que no podría reproducirse porque es como las mulas. Lo sucedido en Kenia lo muestran con unas rayas más débiles

que solo cubren la mitad del cuerpo. Es algo inesperado en la vida silvestre. Regreso hasta lo nuestro y las situaciones son dramáticas porque en los barrios populares empiezan a salir por montoneras clamando una ayuda humanitaria y desde otros lugares se registran los cacerolazos contra el hambre. La cosecha de ahora es como diría la Biblia, la de las vacas flacas. Nadie estaba preparado para una aventura tan desconocida en una situación inesperada. La cosa está peluda, como diría mi madre y uno está entendiendo que el fin está muy cerca y es el apocalipsis. Se siente mucha angustia pero surgen mensajes que compensan y hasta nos equilibran. Eso abrigo al leer bajo la firma de mi querida Doris, amiga de París, prima de los Ospina tan llegados a mi alma, porque sin tantas vueltas afirma que definitivamente no todo se encuentra cancelado. Y hace su inventario. No estaba cancelado ni el sol ni el amor ni la lectura, mucho menos la música y la imaginación, la bondad, la conversación ni la esperanza.

64

En una antología de noticias se observan muchos hechos en contados minutos. La feria de los corruptos permanece con las puertas abiertas aunque todos los espectáculos se hallan suspendidos. El desfile que llega hasta mi estudio me muestra que se sienten temblores cada rato, pero realmente leves, aunque el nevado del Ruiz entró en actividad. Los tornados al sur de los Estados Unidos cumplen su tarea de

causar graves daños y destrozos, aludes e inundaciones y arrojan las desgracias y con algunas muertes. Lo realmente terrible es un gran terremoto que sacude a China y deja más de 400 muertos. Siguen saliendo fotos de los médicos fallecidos. ¿Eran héroes o carne de cañón? Están discriminados en los taxis o en el transporte público, en ataques verbales y en no pocos avisos de advertencia para que no vivan donde viven. Somos ignorantes y violentos como ocurre contra los demovilizados de la guerra donde en un exterminio de conjuro van casi cinco mil en los últimos años. Los narcos por su lado se inundan de fusiles, morteros y granadas y ordenan poner minas con instrucciones precisas desde los penales. Por fin los parlamentarios dejan el ausentismo porque las sesiones son virtuales y siguen siendo expertos en postergar las cosas, igual que en todas partes con el coronavirus. Por fortuna van apareciendo las camas de urgencia en todas partes y no pocos remedios sustitutos. La gente pide su cannabis. Y es medicinal, explican al comprarlo.

65

La desconfianza era el traje que vestían casi todos. No se trataba del traje que llevaran, con máscara o sin ella, con guantes o con máscaras, sino lo que se anidaba allá por dentro para tratar de salvar lo que importaba, el tan solo vivir. La duda hacia los otros les obstruía las puertas porque sin duda están bajo sospecha hasta que no se demuestre lo contrario. Ya nadie caminaba con los ojos cerrados y significaba un

interrogante el que pasara por la calle surgiendo la pregunta ¿Estaría infectado? El estado de alerta nos mostraba inseguros y nerviosos atrayendo seguro energías negativas como si el semejante pudiera lastimarnos. Se huía a dar la mano porque alguien había dicho que si se piensa mal puede acertarse. Pero no solo eso sino que las relaciones cercanas, salvo los que estuvieran en la casa, podrían portar veneno con el virus y tuvieran adentro la benevolencia que muestran los reptiles. De simples suspicaces podrían señalarlos y hasta de prepotentes por tener lejanía, pero se iba imponiendo aquello de dispara primero y pregunta luego para sobrevivir. Era como si nada armonizara a lo que éramos antes y fuera fácil luego recuperar la confianza, pero se hacía difícil y ante todo por la falta de pruebas en la gente, pero quien se fía de los lobos entre sus dientes muere. Difícil ser como no éramos y nos sentíamos despreciables aunque había que amar al vecino pero no quitarle la cerca. ¿Nos transformábamos en insoportables? Si desconfiar era un error, confiar también lo era. Podrían ser actitudes desconsoladoras para decaer y reforzar la confianza se hacía muy difícil. Ahora se trataba de ganar un día para otro en un largo camino que estaba cambiándonos la vida.

Son muchos los consejos que madrugan y arriban a la casa sin tocar el timbre. Unos hablan de la bondad definitiva de las mascarillas porque reduce en un 50% la cara de pendejos que tenemos y otros más agudos, refieren cómo se pierde el tiempo al sonreír con el antifaz puesto en la boca. El carcajeo nunca falta con tantas ocurrencias pero al tiempo nos llega el tema de la muerte que nunca aleja su mirada. A veces me pregunto si mi padre me reconocería si me tocara ahora pasar a otra vida porque tenía más años que cuando él viajara. ¿Por quién me pondrían a votar si tuviera que irme? Ya estaban detectadas 16.894 cédulas irregulares ante el ingreso solidario del gobierno y lo mismo pasaba en elecciones pero en sumas más grandes. Por ahora aparecen con titular pequeño la cantidad de curas que fueron involucrados en abuso sexual y se habla del progreso de las modelos que se llaman webcam a quienes la demanda de servicios les aumenta tranquilas hasta un 30%. La soledad de muchos dejaban el camino para la compañía, la cálida sonrisa y claro que el erotismo, un show sensual privado frente a la cámara de los internautas y el cúmulo de oscuros pensamientos en la bautizada por expertos como una ventana de oportunidad más que siniestra. Lo cierto es que unos expertos en las cifras hablan de más de 18 millones de visitas diarias en la plataforma y las de aquí tranquilas porque solo las ven en Inglaterra o Francia y en Estados Unidos. Mi amigo Malatesta sí me dice que él usa estos servicios más solo para hablar y entretenerse.

La soledad es mala consejera, hablan unos puristas, pero querían conectarse con la vida, pues lo otro es la muerte. Mi amigo dice que siente una luz desvanecida en medio de tibiezas porque la soledad es su último amor que continúa siendo su huésped preferido. Oigo una alerta en su computador y me despido porque él tiene una cita.

67

Juana me dice que está medio quebrada porque no le han vuelto a llegar sus giros de otro lado. Un locutor menciona que la crisis rebaja las remesas y Juana sigue hablando, más ya sin suficiencia del dinero que le enviaban cumplido “allá del extranjero”. Parece que me jodí y estoy muy triste, explica luego. Todavía me quedan unos dólares, los doy a bajo precio, y es la oportunidad cuando te vayas a viajar. Guardo silencio como quien dice ahora no me importa y le cuento tranquilo que hoy la ostentación y el consumismo se encuentran detenidos. Disfruta lo que tienes al alcance y valora ese esfuerzo del muchacho (el hijo que se fue a buscar la vida al modo americano) y que ella se lo gasta en pendejadas. Gastar menos Juanita, le digo finalmente y a tomarse la vida con más calma para ir comprendiendo que éramos felices y aún no lo sabíamos. Pensé en la parodia que hicieran por internet en virtud a lo dicho por el Papa de que todos

estamos en el mismo barco. No, contradice alguno: no estamos en el mismo barco sino en el mismo mar. Alguien en yate, otros en lancha, unos en salvavidas y otros nadando con todas las fuerzas. Vuelvo a guardar silencio y pienso en afeitarme porque algo de fastidio siento con tanto pelo cubriéndome la cara y un bigote que nunca he acostumbrado. Miro desde el espejo que el tipo que me mira se encuentra sorprendido. Ese es el otro yo y no me reconozco porque no quiero ser sí. Me rechazo aunque me tolero pues encuentro es a un cazador perdido y me tropiezo con alguien ajeno de mí mismo. Soy alguien diferente. Busco la máquina de afeitar con cierto afán para recuperarme. Mientras cae la máscara y pago mi rescate, crece la competencia siniestra de las cifras cuando aumentan los muertos por el virus. Todos hemos cambiado puesto que el desamparo pasea libremente. Las voces de la angustia hacen su coro.

68

A la hija de Chucho y a su buque por fin le autorizaron desembarco. Sale hasta en noticieros y los registros de los periodistas huelen a rapiña, pero alcanzo a ver con alegría sus manos que se baten y su boca tapada pero la identifico. Pareciera tener de esas mascarillas que ahora se promueven con la lengua afuera bien pintada. Descanso y ahora juro, para evitar los sufrimientos, que

no debo preocuparme por lo que no puedo controlar, como la misma angustia que se vuela por dentro al ver la gente pobre que todo lo ve lejos y apenas avizoran pero a una gran distancia los platos de comida, la vivienda, la misma educación y la salud. Siguen siendo como vivió Moisés, aquellos que solamente divisan a lo lejos la tierra prometida.

69

Cuando en Estados Unidos las muertes registradas en un solo día alcanzan las cuatro mil quinientas, se siente una tristeza de la grande y preferimos voltear la cabeza hacia otro lado para mirar las nutrias por Santander y el Huila. Sin embargo, las cifras nos persiguen y llegan para consuelo las comparaciones porque nosotros en Colombia, durante todo el tiempo desde cuando llegara la pandemia, a partir de febrero hasta ahora 17 de abril, vamos en un poco más de tres mil que han perecido. Nunca se sabe a ciencia cierta si en una parte u otra la verdad se ha escondido, igual que la pobreza que jamás aparece en las postales. Nos quedan sin registro las penurias que flotan silenciosas en estratos más altos como si fuera una vergüenza no tener por lo menos eso que denominan necesario. Vivir amenazados por la necesidad tiene como respuesta en no pocos lugares, incluyendo al gobierno, la

solidaridad que nace bienhechora. No en todas partes la noche es tan oscura.

70

Escribieron por ahí en algún muro que “mariposa con buena memoria no se burla de ningún gusano”. Por eso mismo discriminar a los contagiados podría ser fatal en el futuro, mucho más cuando la alcaldía misma afirmó que podría haber seis millones de contagiados bogotanos por el coronavirus para el 2022. El bicho de cabezas diminutas llegó para quedarse y se podría pensar, también, que su permanencia sería por dos años, el mismo tiempo que recomienda Harvard al que el distanciamiento social debe extenderse. Llegaban entonces esos tiempos cuando la experiencia nos hubiera marcado, igual que el presupuesto, cuando los médicos se parecerían cada vez más a los astronautas por sus trajes y la masacre mundial a la vejez comenzaría a detenerse. Por ahora a respirar profundo y a salvarnos hasta el arribo del anuncio de lo que titularían Covid 20.

Por allá donde había comenzado tras dos semanas de levantar la cuarentena, el cielo de China volvió a contaminarse olvidando las 142 mil personas que perdieron la vida. Lo bueno y lo malo seguía saliendo a flote y gran parte de quienes se encomendaron al Creador continuaban rezando pero dejaron de remar hacia la orilla. Sin embargo algo bueno habría de quedar en muchas partes, porque por ejemplo Costa Rica se convertía en el primer país del mundo en cerrar sus zoológicos y liberar los animales. Ya por fortuna la caza deportiva para capturarlos y vender sus crías se había detenido y seguramente se iban a instalar en sus frondosos bosques donde se encuentran reservas naturales. Por lo menos esta vida silvestre ganaba la batalla y nosotros con la familia y los seres queridos continuábamos aparentemente lejos pero siempre cerca. Para nosotros ahora significaba lo importante, aunque todas las cosas seguían diferidas y los días en su avance se entendían como las simples fotocopias de rutinas calcadas. Era como si un largo letargo nos hubiera cubierto aunque a veces echáramos de menos muchas cosas, pero sabíamos, bien allá en el fondo, que resguardarse traía buena suerte. Lo único verdaderamente cierto es que aún no sabemos si la famosa cuarentena resultaría eterna o el encierro sería de cadena perpetua.

Llevamos más de un mes en el encierro y esto apenas empieza. Sabemos que de nuevo, al salir a la calle, el virus está ahí. Sin que lo imagináramos el futuro se había venido encima antes de lo esperado. No se sabe el final.

No era sino ver cómo, ahora, la incertidumbre empezaba a tomar proporciones gigantescas como si arrojara a todo el mundo. Ya nadie sabía, al salir de la casa, si iba a regresar bien y a salvo o traería al inefable bicho pegado en alguna parte del cuerpo. Ninguno estaba seguro de eso y la duda crecía en todas partes como si de este presente breve nos restara apenas un futuro dudoso. No existía un solo lugar afuera donde se garantizara inmunidad, así fuera parlamentario y se pensaba en lo que pudiera perderse y no ganarse. Estábamos sentados en una bomba a punto de estallar, al decir de Hitchcock. ¿Acaso existíamos en manos sólo de los dioses? Por lo menos comprendíamos lo que debía evitarse y a seguir en una espera incierta si el atrevimiento era asomarse. ¿Qué destino realmente nos estaba esperando? Los peligros y en ocasiones la soledad habitaba nuestros lugares y sólo un quizá nos salvaba de jugar al azar las probabilidades. Abrazábamos las dudas como una cobija

protectora sospechando siempre de las amenazas surgiendo en las noticias como advertencia permanente. Quédate en casa, decían y ya hasta lo cantábamos.

La vida surgía al estilo de los enigmas que nos tienen al borde de un abismo así nos quedemos encerrados. Cerrábamos los ojos aguardando la liberación, pero la esperanza de un contra duraría meses y nos resignábamos a navegar dentro de nosotros mismos entre la dilación y la premura. Por ahora parecíamos programados para tener miedo devorándonos la existencia y sobreviniendo en sufrimientos al imaginarnos el fin próximo. No podíamos saber qué nos deparara el mañana y lo mejor se daba en no asustarse así brotaran confusas las teorías en medio de las tinieblas por una enfermedad que acometía. Ya pocas cosas valían la pena y las que alguna vez significaron se perdían en la bruma porque para hoy no tenían valor o se habían camuflado entre las que ya no se usan. De todos modos nos sacudíamos y pensábamos en el futuro así fuera una quimera.

74

De pronto en el confinamiento, al mirar hacia el cielo, se vio un interminable desfile de aves carroñeras. Era una invasión insoportable pero no extraña porque antes aparecían sin que se notaran demasiado como ahora. Se les

veía descender en picada escalofriante sobre los presupuestos oficiales y a lo mejor su sangre fría y calculadora resultaba inmune al dolor de la gente a la que le robaban su alimento. De plumaje negro, estos buitres rapaces y husmeadores de matanzas masivas, acompañados de hienas y coyotes, parecían como las cometas en agosto pero con un olor fétido que causaba repugnancia. Sin discriminar acerca de dónde pueden encontrar su alimento, contaban con la complicidad de funcionarios encorbatados y voz aflautada a los que les sabía mal la boca cuando hablaban de la transparencia. Para tantas ratas no hay alcantarilla, pronuncia un amigo. Fue la nueva peste que invadió muchas partes del mundo sin que la vacuna apareciera.

75

El hambre y el abandono fueron los únicos visitantes de los zoológicos durante esa temporada. Los vecinos no podían dormir por los alaridos de los animales enjaulados sin probar alimento y no faltaba agregar a los temores del virus sino el del asalto de los prisioneros. Bajo sus entornos artificiales en montajes a lo Hollywood, pegaban saltos acrobáticos en busca de escapar tras una presa. Otros se tendían con la mirada triste aguardando la muerte y los celadores dejaron de asistir invadidos por el desaliento y el pánico. Algún estadígrafo contabilizó veinte mil animales

encerrados en veinticinco lugares y un veterinario declaró que la crisis de los zoológicos los obligaba a desaparecer. Entre tanto se miraban unos a otros esperando el instante de devorarse entre sí.

76

Los noticieros iban agregando cada día señales de amenaza sobre sus países debido a las decisiones de altos funcionarios que tendían un manto de humo y muerte, pero claro que con la serenidad de quien ve llover desde la comodidad de su ventana. Eran nuevos virus que se cernían sobre el mundo porque de las plagas de otros días subsistía apenas el recuerdo y uno que otro brote de viruela y rabia, tuberculosis y difteria, el tétano y el sarampión. No faltaba sino la celebración de la semana de la inmunización que recordaba cómo las vacunas salvaron a millones de personas y mejoraron la expectativa de vida. Para dar un consuelo frente a las muertes que crecían, daban datos de millones de muertos. Mal de muchos, dijo mi madre.

77

Extraña resultó la celebración del día de los trabajadores el 1 de mayo. Fue un día sin marchas y en la peor cifra de desocupación en nueve años. No faltaban las consignas en

las redes, la historia del por qué se conmemoraba, las fotos de los mártires de Chicago, las felicitaciones a los sindicatos, fragmentos de discursos históricos, logros alcanzados, imágenes de enormes manifestaciones y ahora las calles vacías y en silencio como si todos fueran habitantes en los camiones refrigerados que mantenían cuerpos sin vida a la espera de sus familiares.

78

La curiosidad llevó a la discusión entre académicos sobre el sexo del coronavirus mientras las fronteras continuaban cerradas y los pesimistas referían el mal como la causa de una condena perpetua porque no estábamos preparados para lo que venía. Lo único cierto era el pensamiento sobre lo que ocurría cuando 265 millones de personas estarían cerca de morir de hambre para finales de año según las cifras de la OMS y hasta daban los lugares donde el hambre aguda corría sin detenerse como en Yemen, Afganistán, el Congo, Venezuela, Etiopía, Sudán del sur, Siria, Nigeria y Haití, asombrándose porque las cifras del 2019 daban 135 millones. Nadie ha llorado tantas muertes.

Las mudanzas estaban prohibidas so pena de sanciones, salvo las que hicieran los muertos a los hornos crematorios. Otras se daban en forma clandestina como las de la drogadicción desplazándose por los barrios silenciosamente para producir como problema grave un 75%, de afectados en la población, sin contar con la movilidad de los atracos callejeros que alcanzan el 39% y el del tráfico de drogas en un 23%. La pandemia del hambre seguía y ninguno se preocupaba a fondo de estas cosas, mucho más cuando 21 mil personas morían al día por causas relacionadas con el hambre. Nada más que decir fuera de experimentar un terremoto dentro. Al fin y al cabo la inseguridad empeoraba en todas partes y a muchos les parecía leer un periódico viejo porque ya se sabían las noticias. ¿Qué era lo que realmente valía la pena en esta vida descontando la cantidad de cosas innecesarias? Por ahora los buitres sobrevolaban Nueva York.

Entre raras tortugas gigantes aparecidas en la playa, algunos que jugaban a ser especialistas dijeron serios que el virus no atacaba si no sabía quiénes éramos al llevar tapabocas. Otros expertos de este tipo afirmaron que al estornudar se volvía necesario hacerlo hacia el piso para que

los virus chocaran contra el suelo y así pudieran desnucarse. Pero no sólo eso, sino ante las recomendaciones del presidente de los Estados Unidos, había quienes no se lavaban las manos sino se tragaban el jabón para que el cerebro se volviera espuma y así no se salvaran los virus asesinos. Ya nadie confiaba en nadie porque hasta los ladrones usaban trajes de bioseguridad para atracar y lo preocupante se daba al saber que los funcionarios usaban tapa oídos. Al fondo la impunidad se ríe de las investigaciones exhaustivas y el congreso se reúne virtualmente a discutir pero no a legislar, mientras los centenares de carros blindados y la tropa de los escoltas están quietos, pero no sus salarios. Por ahora me voy a abrazar los árboles como cada mañana, respiro el aire puro, veo el cielo claro y que ahí está la vida.

El infierno llegó a Nueva York con una muerte cada 17 minutos y los médicos seguían sin poder acorrallar ese ritmo diabólico. Aunque todos estaban confinados, hubo lugares donde liberaron de la cuarentena a los fabricantes de ataúdes. Nosotros teníamos miedo porque nos encerraron cuando había 30 casos y ahora con cinco mil nos mandaban a la calle. Por fortuna las mariposas aparecían por todas partes y creíamos que eran escapadas de un lugar cercano donde tenían un parque y su transformación nos alentaba

para entender los cambios. Todo parecía inútil como mis zapatos, todos sin usar por este tiempo. Nunca lo imaginé, como tampoco el entrar al banco con la cara tapada y salir con dinero mientras el policía amable abrió la puerta. En el camino a casa escuché la radio y el funcionario de turno iba dilatando su ego más que la próstata y no pude recoger al vecino porque no se permitían dos personas en el mismo vehículo pero sí montarse en un bus con veinte desconocidos. Me fui pensando que las películas futuristas sobre las pandemias, los contagios y los virus masivos no eran sino actuales, como con escenas calcadas a la situación de hoy. Algo sí llamó la atención antes de doblar hacia mi casa y fue una escultura puesta en la avenida luciendo tapabocas. Entre las hendidias de las puertas se adivinaban los ojos hambrientos que crecían como el desempleo.

82

Se volvía cansona la presencia diaria del presidente que a veces uno confundía con un moderador del viejo programa “Yo sé quién sabe lo que usted no sabe” y uno trataba de ver más allá para saber verdaderamente los datos ocultos de los contagios que se negaban como la existencia de los Ovnis. La telebasura continuaba y la curiosidad iba tras saber bien la cara oculta del coronavirus y aquellas intenciones que muchos denunciaban pero sin lograr éxito alguno. De

pronto un programa médico reveló las amputaciones, el daño renal, los coágulos que sofocan las venas, pérdida de manos, pies, cosas extrañas que produce el virus que estaba disparado y ahora se podía salir libremente, preciso por el suicido del animalejo diminuto.

83

La aparición de un nuevo insecto por las tierras de América no fue precisamente un motivo de júbilo. Las alertas se despertaron temprano esa mañana porque se trataba de un avispon de cuatro centímetros proveniente de Asia y que en minutos podría matar a un ser humano.

El escalofrío corrió mientras la mirada se iba a la búsqueda de esa avispa capaz de acabar con colonias completas de abejas y no faltó el que en un programa radial declarara que el insecto se le aparecía hasta en los sueños. El pánico corrió entre los informados cuando se supo que el fin de semana fue avistado en los Estados Unidos y lo vieron al norte de Washington desde finales del año pasado. Hubiera sido un rumor más entre la gente de no ser por la noticia registrada en el New York Times para preocupar a los vecinos. Por ahora, según aclara el medio, frente a la poca gente por las calles, se movilizan sin parar trasladándose rápido de un lugar a otro. ¿Qué otra plaga de las siete anunciadas en la Biblia nos faltaban?

Mi hermana Totoya recordó que en un paseo la había picado una avispa y que nunca volvió por esos lados porque le dijeron que había un avispero oculto especializado en visitantes. Primas de las abejas, controladoras de plagas, entretenidas en cazar otros insectos, eran avizoradas sin tanta precaución, hasta que alguien entendido les refirió que sólo las asiáticas, cuya comida favorita era comerse a sus primas, las abejas, salían depredadoras y tan peligrosas como ya lo conocían los apicultores en el norte de España donde les gustaba embriagarse con el vino de las uvas hasta caer al suelo. Por fin después de muchos años entendí por qué llamaban Avispón al primo Antonio.

Cuando se registraron más de 33 mil muertos en el Reino Unido, a Jackie le tocó aplazar su deseo de viajar a Londres, mientras mamá se trasladó al 9 de abril cuando mataron a Gaitán. Eran muchos los deseos y los viajes de cada uno que se consignaban en el WhatsApp de familia abierto en la mañana con el saludo de mamá perfectamente bien grabado por la enfermera. Elegante y sonriente daba sus palabras de optimismo y la cámara se iba a sus pies moviéndose en la

bicicleta estática. Seguíamos encerrados y para vernos luego manteníamos las distancias, lamentando que se viniera una epidemia de trastornos mentales y por la tele pasaban las tormentas de arena por Nigeria, bendiciendo que no nos tocara vivir como a la mujer de París que estrechaba su cuarentena en un apartamento de nueve metros cuadrados, pero se distraía mirando al cielo de donde vendrían naves procedentes de una lejana galaxia que seguramente la rescatarían.

Ya no se trataba del cuento sobre tener visiones cuando Oscar nos envió un video con la nave redonda primero quieta y luego trasladándose a velocidades insólitas de un lugar a otro. Inclusive puso las declaraciones de un infólogo para calificarlo. ¿Se trataba de invasores, de visitantes amables o turistas? ¿Resultaba cierta la visita de otros mundos? A veces nos enredábamos en esos temas mientras que un niño cuya casa había sido la calle escuchaba por un altoparlante: Niño, quédate en casa. Cargaba una pequeña caja y tal vez era como las tortugas que la llevan encima.

Un amigo tanguero se quejaba porque iban a romper el abrazo en el baile y así ninguna gracia. Lo habíamos disfrutado en una pista con una mano en la cintura de su pareja, otra en el hombro y las caras separadas por centímetros mientras se miraban o cerraban los ojos. Su tragedia era esa mientras a 7 de mayo estábamos cerca de los cuatro millones de infectados en el mundo y en Colombia sobrepasábamos los diez mil, aunque todas las cifras quedaban obsoletas entre miles de plataformas hablando de la situación. Las muertes por hambre seguían siendo muchas, como muchos los asesinatos que cegaban la vida a más de líderes sociales en sesenta días. Ni la guerra ni el virus ni el hambre parecían detenerse.

Oscar salió con que el avispon asesino era un manjar estimulante en el Japón, explicando que el aguijón de seis centímetros, mortal para abejas como para humanos y que cruza fácilmente la ropa y decapita la abeja en el aire, daba cierto sabor rico a la comida, fuera frita o cocinada en arroz. Uno sentía malestar de pensarlo, pero seguía diciendo en el chat que las fríen en brochetas con aguijón

y todo, lo que suscita calor y hormigueo en la lengua hasta que la entumece. Pero no sólo eso sino que le daba toque al licor porque mientras el insecto agoniza libera su veneno en forma líquida que el que lo prepara espera hasta que la toxina adquiera un tono oscuro para potenciar el sabor. ¿Digna muerte para un asesino? Las informaciones no paraban ahí porque tras ellas iban los cazadores durante los primeros meses del verano. Se fijaban mucho en sus larvas anidadas en los troncos de los árboles e inclusive debajo de la tierra. Los atraen con humo y extraen el nido con motosierras y palas. Por ahora no eran conocidos los remedios y seguían volando, al igual que unas polillas gitanas, otra plaga, que amenaza al mundo.

Mamá reía al ver por la televisión a la gente con la mascarilla en la garganta que suponía iban a subirla cuando viniera el virus y nos comentaba por teléfono sobre el ingenio de los empresarios que no se quedaban quietos porque hacían camas hospitalarias ecológicas convertibles en ataúdes fabricados en cartón 100% biodegradables. Luego dejó un mensaje grabado recordándonos que se conmemoraban los 75 años de la Segunda Guerra Mundial que fue terrible, dijo, porque dejó 50 millones de muertos. Nadie esa tarde volvió a hablar del número de víctimas del coronavirus.

A la sobrina la dejaron sin empleo y quedó encerrada sin trabajo, pero tenía familia y no como los 20 millones y medio que se quedaron sin él en Estados Unidos. Por ahora seguía en su apartamento sin salir, porque era mejor destino estar a dos metros de distancia de todo que dos metros debajo de la tierra. Se entretenía con las noticias y nos comentó en el chat de su tristeza cuando apresaron a un menor que aceptó haber asesinado a tres personas “por encargo” a lo largo de dos meses, como lo declaró otro menor de 14 un años antes. Todo tan triste como las miles de cédulas falsas que votaban en las elecciones y menos alarmante que los anuncios de un complot extraterrestre donde entre sus estrategias modificaban al ser humano en su fisonomía y permitían que la gente engordara para después comérsela.

Tal vez para distraernos de las malas noticias de la tierra, mirábamos los anuncios de lo que habría de venir del cielo como el caso de un asteroide que según la NASA podría explotar cerca de la tierra. Era mejor que saber de la gente que toca y estornuda sin protección o aprender de memoria la frase en El Padrino que mencionaba la política y el crimen como lo mismo y al dinero como un

arma poderosa. Por fortuna mirábamos cómo en Singapur soltaron a los perros robóticos para patrullar los parques y evitarse aglomeraciones, mientras la gente se quejaba que ante tanto aire puro ahora los obligaran a llevar máscara y en las carreteras vacías era imposible hacer un largo viaje, pero no sólo eso sino que si se tenían las manos limpias estaban prohibidos los abrazos. Por lo menos no tenían el destino de quienes ahora dejan el mundo y nadie puede ir a despedirlos.

Para completar los temores de la gente que se sentía en un momento apocalíptico, aparecieron once orugas vivas de una polilla asiática que mide hasta 27 centímetros y devora el follaje de árboles frutales. Parte de esa plaga fue decomisada en el aeropuerto de Miami dentro de un paquete terrorista, no faltando los expertos que las llamaron expertas en cítricos, devoradores incansables porque nunca paraban de comer. Sólo le tienen miedo a los paramilitares y por fortuna para muchos autorizaron las mudanzas el 12 de mayo en medio de la noticia de un paisaje hermoso con más de 21 mil cisnes de cuello negro, herbívoros lindísimos que viven en los ríos Santuario de la naturaleza. Todo era posible menos en este país donde ocurrían cosas insólitas como la de un mocho que se metió con un camión de

explosivos a una guarnición militar, un ciego guerrillero que se les voló en la cara a los quince cuidadores sin que lo vieran y la amante de un empresario de la política que lo denunció con el enemigo, fuera de las lanchas sin conductor que terminaron en Venezuela llenas de armas automáticas.

93

Las reuniones familiares continuaron su marcha y no faltaba nadie a las invitaciones. Maravilloso resultaba ver la cara de todos, escucharlos participar desde grandes a pequeños y sentir que estábamos a salvo, por ahora, si seguíamos cuidándonos. Nos entristecía la muerte de familiares de amigos que no conocíamos pero imaginábamos el dolor y hubo un cantante conocido que me invitó a que lo acompañara a unas copas mientras rememoraba su vida con el muerto. A pesar de la ley seca la mojamos un rato hasta que se le acabaron las lágrimas y los recuerdos y pude por fin apagar el celular. Aquí no sobrevive el más fuerte ni el más inteligente sino el que está dispuesto a adaptarse a los cambios, nunca parecido a una amiga que decía cómo si el 2020 estaba sin usar, ella no lo agregaría a su edad y no era trampa. Las normas seguían para todos y cuando se cansaron de pensar que sólo salían las cédulas terminadas en tal número, sugirieron al gobierno que empezaran con el sistema de permitir salir a los gordos primero, a los flacos

después y así a los feos o a los bonitos, a los conservadores o a los liberales, en fin, y hasta los que bajaran de peso. Hubo algunos que para sentirse que salían a alguna parte se salían de los grupos en chat. Lo que faltaba para cerrar el día, fue el joven que anunció su suicidio por Facebook y lo transmitió hasta el último segundo al ahorcarse en su habitación.

94

Cuando en la ciudad anunciaron que cerca de 50 mil personas estarían en la calle, supimos que las cifras de contagiados subirían y no iba a faltar sino que los declararan héroes sin rubor alguno. Ojalá todos tuvieran tapabocas como las estatuas de Buda en Tailandia y las otras a las afueras de Bangkok. Sufro de pensar en las nuevas posibles víctimas, pero reflexiono que no puedo estar empeñado en lamentarme ni estar abrumado con problemas que no puedo resolver. Lo que quisiera por ahora no es quejarme de la monotonía sin hacer nada para resolverla y pensar en positivo en el vaso medio lleno y no medio vacío. Cambiar la manera de ver las cosas resultaba lo mejor y deseárselo buena suerte a quienes debían despedirse para siempre por medio de video llamadas. Mi amigo Alexander desde Ambalema explicó que allá no llegaba el virus porque lo metían en chismes y además el calor los espantaba, pero que se sentía enriquecido con todo lo que perdió antes de ir a encerrarse

en la ciudad de las mil y una columna. Después de un día asoleado y tranquilo, sentí un fresco cuando decomisaron rescatando a 15 mil tortugas que serían traficadas de México hasta China, aunque la desgracia de los niños sirios que mueren congelados o en medio de las bombas sin que a nadie le importe, me quitó la sonrisa.

95

Cumplimos sesenta días en el encierro y encontramos que una costumbre se rompe con otra. Ya se nos hace natural permanecer en casa como si la calle no existiera y la angustia de semanas atrás ha desaparecido. Escuchamos mejor en el silencio y la sensación de estar solos en la tierra no incomoda. Sin embargo no nos hemos desconectado del mundo ni nos sentimos astronautas flotando a la deriva. Es, como dice Arturo Uslar Pietri, permanecer en el vicio solitario de la lectura donde no se quiere nada con la demás gente sino olvidarnos de todo porque “el mundo entero huele a carnicería, a hospital y a cementerio”.

96

Fue para pensarlo cuando alguien envió un chat diciendo cómo, si nos instruían con sugerencias para no contraer el virus, nadie nos había dicho realmente qué hacer si el desgraciado terminaba por alcanzarnos. Con el paso de los meses era cierto que todos íbamos a contagiarnos y un miedo más cercano nos recorrió el cuerpo y el alma. Ya teníamos las manos delgadas de tanto bañarlas, lo de la higiene personal resultaba una vieja costumbre y el distanciamiento social que estrenábamos fue un hábito adquirido en defensa propia. Los interrogantes empezaron a causarnos problemas: ¿Teníamos termómetro en la casa? ¿Suficientes kleenex? ¿Medicinas para la tos? ¿Miel y limón por lo menos? ¿Vick vaporub para el pecho? ¿humidificador para la alcoba? ¿Qué comida teníamos guardada y congelada? ¿Nos hidratábamos bien? Si hubiera fiebre de 38 grados y la controlábamos guardar reposo por catorce días y si nos sentíamos mal usar guantes y una máscara dentro de la casa, aislarnos en una habitación, desinfectar la ropa de la cama y lo que más me alegró, no resultaba necesario ir al hospital salvo la fiebre de 39 grados y dificultad para respirar. Además, mantener la calma, tener alimentos alcalinos, limón, lima, aguacate, ajo, mango, mandarina, piña, diente de león y naranja y desde luego muchos huevos. La lista fue hecha de urgencia y solicitada al supermercado y a la droguería. Sentíamos que estábamos salvándonos. Al final del mensaje nos decían: ¿Cómo saber que tienes coronavirus? Y hacían la lista para empezar a sentir los síntomas de picazón en la garganta,

garganta seca, tos seca, alta temperatura y al final saber que no, que eran sugerencias y dormir tranquilos hasta que nos despertábamos a media noche soñando aun que íbamos en una ambulancia.

97

La idea de ir a contagiarnos nos aplastaba a veces y resultaba abrumador aunque nos hubiéramos encerrado como en una campana de cristal. Recordé a Oscar Wilde que dijo cómo nos prometieron que los sueños podrían volverse realidad, pero olvidando mencionar que las pesadillas son también sueños. El consuelo legaba inclusive con Fernando Vallejo que afirmó un día que somos una pesadilla de Dios, que es loco y finalmente no podíamos ahora hacer nuestra propia historia porque estábamos al arbitrio de las circunstancias, muñecos del destino, según Shakespeare, con la vida prestada, en decires de mi hermano y ya no sentíamos que íbamos para largo sino que el cerco se cerraba y debíamos prepararnos para ser alimento del olvido.

98

Apareció como un alivio ante tantos problemas invadiéndonos, la solemne convocatoria del Congreso de la República para reunirse con urgencia en una sesión plenaria virtual. La expectativa fue grande buscando ver si por fin se legalizaban puertas y ventanas para respirar con menor dificultad ante la asfixia y la esperanza creció ante las pantallas. El frenético ausentismo pareció un asunto del pasado porque al llamar a lista, estaban todos hasta con sus mascotas y sus hijos pequeños haciendo musarañas. Se advirtió a algunos parlamentarios desde sus camas por si les daba el sueño milenario y tanto fotógrafos como periodistas se plantaron frente a sus computadores. Fueron varias horas sin descanso en una jornada agotadora como recuperando el tiempo perdido y en plan de justificar sus salarios gigantescos. Cada uno cumplía con su perorata levantando la voz y las cejas en señal de angustia y finalmente el asunto delicado era declarar al carriel como patrimonio cultural de la nación. La utilidad de los parlamentarios fue notoria y cada quien cerró su sintonía en medio de una lluvia de bostezos.

La mañana resultó un poco más tranquila que las otras y hubiera sido así el resto de las horas del día de no ser por ponerme a leer esa revista. Los registros que estaban ahí me dieron ganas de coger para el baño y no era para menos, si la crónica, incluyendo las fotos terroríficas, mencionaban lo que seguramente pocos sabían sobre cerca de 300 especies invasoras que estaban aquí. Fuera de la avispa más grande del mundo, el insecto asiático gigantesco, surgía el caracol gigante africano regado por todos los departamentos y que destruye cultivos y huertas, además del pez león, originario de Indonesia que se multiplica depredando peces y crustáceos o la rana toro, un anfibio gringo depredador de insectos y vertebrados pequeños cuyas larvas son tóxicas, para no hablar del hipopótamo que en Puerto Triunfo trajo Pablo Escobar ahora en libertad por caños y lagos cercanos al río Magdalena temiendo un ataque a las personas. Me retiré de las páginas con el anuncio del pez gato de hasta metro y medio y que un estudioso encontró en el río Magdalena con su dieta de crustáceos y peces arrasando unas 200 especies que viven allí. Para descansar fui a las noticias del televisor y allí estaba la peor, una multitud de gente paseando por las calles y desperdigando basura como si estuviéramos en carnaval.

Como todos los días al mirar el celular e ir al chat de la familia para ver novedades, ahí estaba grabado el mensaje de mamá con su eterna sonrisa y elegancia, con su humor y optimismo contándonos brevemente la historia de su encierro durante más de un año. Fue en tiempos de violencia a mitad del siglo pasado, dijo y no salíamos de la casa por miedo a la muerte, por temor a ser asesinados. Era en defensa propia, como ahora, querida familia, y algunos dizque tristes porque llevamos apenas los dos meses. Nada de cobardías y el tiempo pasa sin que lo advirtamos porque todo es fugaz y lo que empieza termina. Me han dicho que nos restan apenas los dos años o año y medio. Voy a morir de vejez pero moriré joven porque he sabido esperar y fíjense que ya somos casi 50 en esta familia. Buen día, nos dijo y la enfermera le hizo la toma cuando iba hacia la bicicleta estática.

Ibagué, Nuevo Rincón Santo, mayo de 2020.